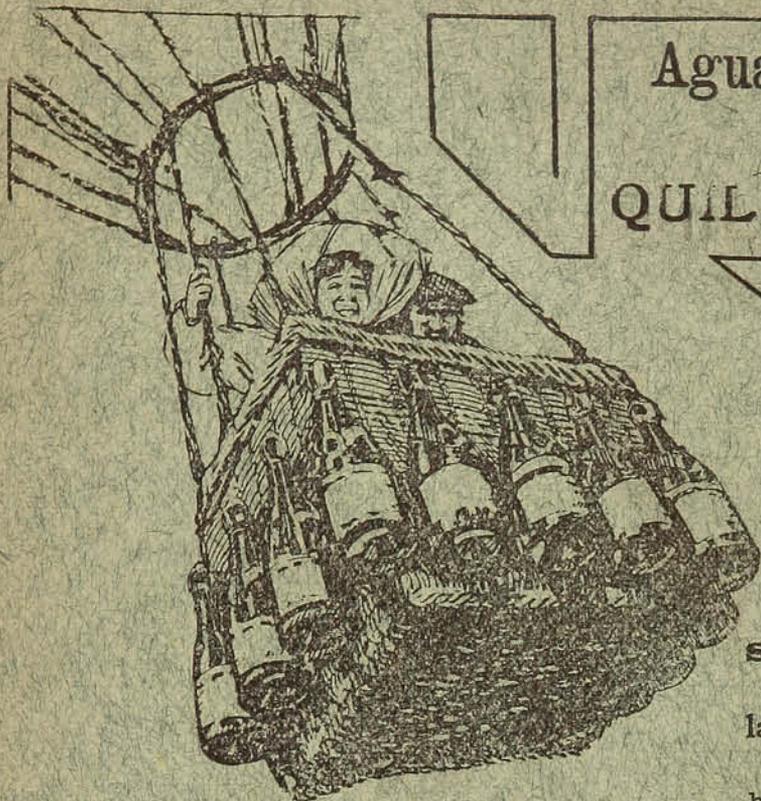


PLUMA Y LAPIZ

30
TVS



Simandri. B



Agua Mineral
Fuente del Indio
QUILLOTA



Sana, Agradable, Digestiva
La mejor para acompañar
las comidas.

Imposible pasar sin ella después de
haberla probado **una sola vez.**



Usé los productos

JUNOL

y ya no me cabe
duda de la tersura
y limpidez que ad-
quiere un rostro.

Jabones

PRODUCTOS
JUNOL

Esencia



ÚSELOS UD. TAMBIÉN

JUNOL



LOS PRODUCTOS JUNOL

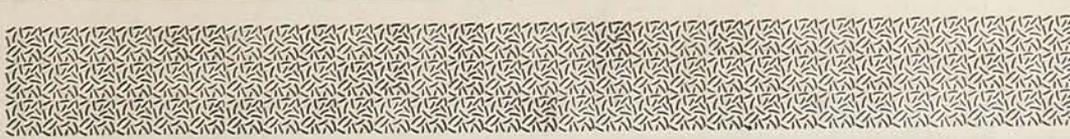
Rejuvenecen dan al cútis
una transparencia verdade-

Polvos

ramente envi-
diable. : : :

Cremas

PRUÉBELOS-JUNOL-PRUÉBELOS



Imprenta

Sud-Americana

A. PRAT, 1122

EJECUTA TODO TRABAJO

◇ DE IMPRESIONES Y ◇

ENCUADERNACION. ◇ ◇

PRECIOS EXCEPCIONALES

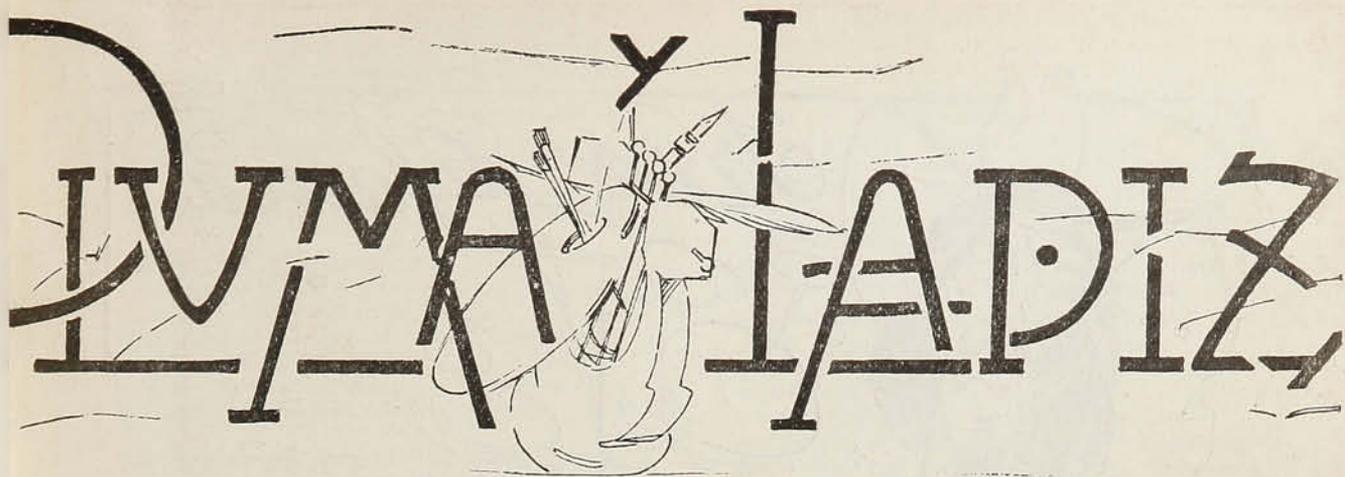
RECIBE ORDENES DE PROVINCIAS





TÉ
DULCINEA

PLUMA Y LÁPIZ



Nº I

SANTIAGO, 26 DE JULIO DE 1912

NÚM. 2

ADMINISTRADOR ARTURO D'ALENÇON	DIRECTOR ARTÍSTICO CRISTÓBAL FERNÁNDEZ	OFICINAS: MORANDÉ 432 CASILLA 2443
DIRECTOR FERNANDO SANTIVAN	SECRETARIO DE REDACCIÓN DANIEL DE LA VEGA	

PRIMEROS PASOS

Antes que nada, debemos espresar nuestros agradecimientos al numeroso público que se ha dignado favorecernos comprando el primer número de "Pluma y Lápiz."

No imaginábamos una acogida tan entusiasta, tan benévola y elocuente.

Haciendo nuestros cálculos, veíamos por delante una empresa árdua, llena de tropiezos. Algunos amigos pesimistas nos habían pronosticado el fracaso, ya francamente ó con ambiguas palabras de desaliento.

¡Una revista literaria! ¡No recurrir á los trillados caminos de otras publicaciones, llenando las páginas de informaciones gráficas, desdeñando la colaboración nacional, recortando de revistas europeas!

Todos estos eran obstáculos que nos señalaban y que hacían temer por la suerte de nuestros proyectos.

Sin embargo, hemos comprobado que el público estaba preparado para recibir una publicación como "Pluma y Lápiz." Sin que pensemos en señalar como de-

fectuosas las demás revistas que se publican en Chile, creemos que no respondían del todo al anhelo de sus lectores.

Hacia falta, en buenas cuentas, el espíritu de juventud que debe caracterizar á las empresas artísticas. Menos gravedad, menos estiramiento solemne y ceremonioso.

Nuestra revista no viene á competir, pues, con las que ya se publican en el país; por el contrario, viene á realizar lo que lo que las otras desdeñaban hacer.

Ellas con sus grandes recursos tipográficos, su elegante ostentación de colores y grabados, pueden seguir triunfando; nosotros, con nuestro contingente de escritores que espriman su cerebro en la dorada é insaciable copa del arte, llamaremos á nuestro lado á todos los que deseen escuchar el cálido murmullo de la juventud que siente y que piensa.

La vida es grande, es múltiple. Los gustos son incontables. Hay campo para todos. ¿Por qué negarle su parte á este Pluma y Lápiz, modesto y respetuoso de sus mayores?...



—Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?
—Y como si lo entiendo?—Mientes Fabio
que yo soy quien lo digo y no lo entiendo.

LOPE DE VEGA.

Convencido que las artes
ceñir debense á la moda,
que un soneto, un cuadro, un busto
de buen gusto ó de mal gusto,
debe ser
«la derniere creation»
le he pedido yo á mi musa que me deje
de esta gloria transitoria disfrutar,
que me busque entre sus buenas relaciones
una musa de Arte Nuevo.
y ha accedido en su bondad.

No se estrañen, pues, lectoras
y lectores
que presente una etiqueta «dernier cri»
que abandone las ya viejas y queridas tradiciones
y haga versos á la moda «pot pourri».

SALMO UNICO

Poema sin dedicatoria, dobla rodillas de las musas; no enzalza á la luna, lágrima del romanticismo; que canta al sol, cristalización de las energías; antorcha de los desheredados.—

Guiñaba Febo el ojo, asáz y mohino,
á la aguja mas alta del gran templo andino
donde oficia el dios blanco de albura de cisne,
donde oficia el Dios Arte del azur sin tisne,
y Juncal monaguillo bate el incensario
con su capa de coro á los astros calvario
mientras las estrellas cantan letanias,
las buenas estrellas y las tres Marias,

y en medio el incienzo de los monaguillos
se oye el canto llano de cóndores y grillos.

Guiñaba Febo el ojo, asáz y mohino,
cuando el buen Iris Glauca tomó su camino.

El pobre Iris Glauca, sin padre ni madre
jamás tuvo en la vida ni un can que le ladre
vivía en el tugurio de ensoñaciones grises,
¡oh ensoñaciones glaucas de los glaucos matices!

Poeta? Su melena de bronces tempestuosos
tenía contorsiones de trágicos sollozos,
Sus ojos, minas hondas de carbon de piedra,
guardaban los espasmos de la vid de la yedra.

Era un astro poeta, un poeta macabro
su ritmo hirsuto y suelto, tenía saltos de cabro

Era el amante almo de la virgen pagana
que vivía en la amplia avenida Matucana,
¡Oh avenida cruzada por los ferrocarriles,
teneis tonos de bronce y acentos varoniles!

Guiñaba Febo el ojo á la pagoda Andina
cuando llegó Iris Glauca á ver á su heroina.

—La princesa está triste, qué tendrá la princesa?
se dijo el bardo eólico con su boca de fresa.

—Luda de mis amargas ensoñaciones hondas!
Gracia del talle de Ibis y de las crenchas blondas!

Así parlaba el bardo á las rejas morunas
que daban á la calle llena de lagunas.

Tendióle ella su brazo calzado en terciopelo,
pasó su mano, viva parásita de hielo,

El estrechó esos dedos de tibia yema blanda
de coqueteos graciles de encajes de la holandanda.

—Por qué me llamas Luda? ella le habló al oído.

—Luda es nombre flébil, sedoso, no sentido,
eres un ser signado, no debes ser Rosario...
para tí un nombre joya busqué en el diccionario

y sabes, mi alma lirio, qué significa Luda?
«mujer» y te lo digo por que salgas de duda
Luda es voz teutónica, son grácil y adecuado
para un alma alma, para un iris perlado.
desde hoy serás mi Luda... ¡qué rasado y sedoso
suenan el vocablo núbil en mi labio con bozo!
—Tú eres poeta, pero... No te place mi canto?
—A mí sí... pero á otros no les agrada tanto.
Mi padre... Ah... sí... ellos tienen prosaismos fata-
[Jes!

la prosa de la vida causa cuántos males!
Si quieres tú, mi Luda, ser el hada exelsa,
mi férvida Eloisa, mi suspirada Elsa,
sé el cisne de mis sueños, loto de mi laguna
la princesita blonda de mi flauta moruna.
—Sí, sí... pero oye... como yo te quiero mucho
y á mas mi hermano enseña gramática... Qué es-
[cuchó!

tu hermano! y es posible? y ha tenido paciencia
de estudiar esa inútil cuanto anticuada ciencia?
hoy día todo vuela con piés de mariposa!
la gramática en arte es como una carroza.
el jonio carro es joya del dórico museo,
osado el que se atreva á usarlo de paseo!
—Sí, sí... tú me convences... hablarte de otra cosa
intentaba ha un momento... Habla, boca de rosa
—Dicen que de nada te ocupas, que tu vida...
—La misión de nosotros no es misión compren-
[dida...

me heriste... troncha pronto la roja flor que late!
cual nenúfar herido mi corazón se abate!
por tí en mi relicario arde la lamparilla,
vierte el oleo santo, la luz que por tí brilla...
por tí encendi el incienso, por tí arde el incensario,
que al rubí de las llamas cubra el lirio sudario!
Oh estraña virgen gótica, creía en tu alma de astro
hallar tintes de loto, alburas de alabastro,

que tú la virgen casta, émula de la nieve,
que eres onda y espuma, que eres alma eres Ebe,
que tú me comprendias y por la vida entera
serías de Alma Glauca la eburínea compañera!
—Sí... sí... pero la vida tiene tantas amarguras
dime en qué te ocupas? no me dejes á obscuras.
—Mi voto? que no sabes que soy el bardo eólico?
mi vida tiene objeto, y un objeto apostólico:
Yo soy de los «anarcos» soy de los elegidos...
vagamos por el mundo aquí y allá perdidos...
de los que en copa de onix ofrecen un repente
al dolor de la vida, al dolor de la jente...

mi misión? cuando muere incendiando el ocase
el sol, yo su agonía la sigo paso á paso;
apunto esos estraños matices de solumbra
—sangre solar que cae en ondas de penumbra—
«rojos lujuriantes y amarillos rabiosos
que fauno Otoño deja en los álamos llorosos;
fauno Baco que porta las vendimias en su odre:
el odre de los mostos, el paupijérrino odre.

Apunto esas traidoras cuchilladas perdidas
que allá en las blancas nubes abren rojas heridas;
esas estrellas verdes sobre un cielo de plata
y los mil policromos de una tarde escarlata.

Todo esto se traslada con la fuerza emotiva
al papel y allí queda esa impresión cautiva
—Pero la vida exige... Lo sé, exige la vida
que se enyugue la testa, que se tasque la brida,
que se empiece á dar vueltas y vueltas al pozo
sin ningun horizonte ni ambición ni reposo!
eso queda á los Sanchos, no para un poeta...
corremos tras la gloria y lo demás no inquieta...
en la jélida arena gané ya mis laureles...
mi devocionario tiene tambien sus fieles...

Yo soy de la cuadriga del gran Ruben Dario
que no se atemoriza ni por hamore ni frio.

Recibí del maestro la heráldica misiva:
«Se que eres de los nuestros, adelante y arriba».
De Francia un gran poeta me llama «Hermano»
[mio]

en Cuba un bardo sáfico me dedicó un «envío»
soy el porta-estandarte en esta tierra ingrata
de los hermanos Duelas y de los de la Lata,
y del Maestro Cánamo, de universal renombre,
constelación hecha astro, luciernaga hecha hombre,
qué importa lo que digan aquí los fariceos,
yo voy por nueva ruta portando mis trofeos!

Sonó en la ventana de reja moruna
una estruendosa carcajada... ¡una!
siguió un ventanazo... ¿qué había pasado?
lo mas sorpresivo, lo mas deshusado.

Rosario, muchacha muy loca y risueña,
vió que la rondaba el bardo y le hizo seña;
él le habló en lenguaje hirsuto, estrambótico,
y á ella le entretuvo ese tipo exótico.

Siguió por un tiempo la charla sedosa
de pétalos blancos y de hojas de rosa,
oyó ella los cantos de su abracadabra
con hojas de yedra y patas de cabra.

Más como su primo celaba del vate
con risas le dijo:—Bah qué disparate!
escóndete, primo, tras de la cortina
y oírás como rueda su charla divina

Lo escuchó algún rato pero más no pudo;
era listo el chico, muy listo y agudo,
le dijo muy bajo á ella una chuscada,
y sonó en los aires una carcajada.

Guñaba Febo el ojo asáz y mohino
cuando el buen Iris Glauca tomó su camino.



LAS ÚLTIMAS OBRAS DE SOROLLA



Sorolla.—En la Playa

En la historia de la pintura no conozco un caso de producción tan fecunda como la de este pintor. Rubens y Rafael Santi fueron auxiliados por sus discípulos; en los cuadros de Sorolla, todo es suyo. En aquellos maestros, sobre todo en el de Urbino, los problemas que se le presentaban en cada obra, eran los de composición; en cuanto á la técnica, supo resumir y apropiarse la labor de sus predecesores y contemporáneos, y en materia de agrupaciones, «mucho hiz» en este mismo sentido.

Rubens, que fué un gran técnico, no ofrece, en la mayoría de sus cuadros, una tendencia á inquirir nuevos elementos expresivos en su arte; pintor de gran fantasía, que sabía llenar con gran prontitud una tela de grandes dimensiones y auxiliado de sus discípulos, su fecundidad fué relativamente fácil y poco penosa.

El caso de Sorolla es distinto del que nos presenta cada uno de estos dos maestros. El pintor valenciano va constantemente buscando nuevas visiones del natural. El problema de la luz y de la sensación fugaz, supone un estudio constante sumido en plena naturaleza, la necesidad de expresar las nuevas visiones y refinar y hacer más justas las ya adquiridas, le obligan á manejar la técnica con ductilidad pasmosa. Cada cuadro suyo—no importa el asunto y la dimensión—es un estudio; al ser realizado éste por el temperamento del pintor más vigoroso del tiempo presente, cada estudio es un progreso en su camino artístico.

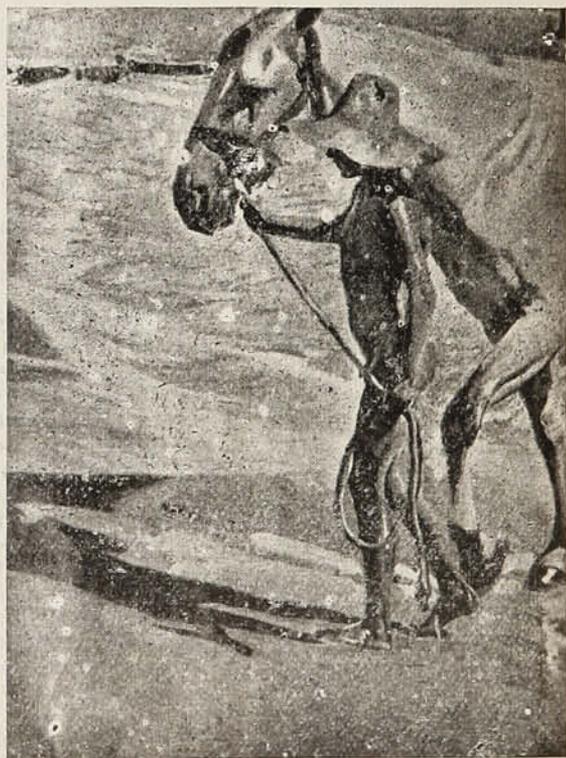
Cuando Sorolla realizó su exposición en la casa Georges Petit (1905) asombró el número considerable de telas reunidas allí. Dos años después, oía yo continuamente, en los salones de las «Grafton Galleries», de Londres, iguales exclamaciones de asombro, ante las cuatrocientas ó quinientas obras expuestas. No concebían los visitantes que aquello no fuese la obra de toda la vida del pintor. Al año siguiente, al leer en la prensa neoyorkina los extensos artículos de crítica consagrados á la exposición de Sorolla en el museo de la «Hispanic Society of America», hallé las mismas exclamaciones de sorpresa. Y tened en cuen-

ta, que Sorolla había ido dejando tras sí en París y en Inglaterra, un número considerable de obras.

Dos años después vuelve á América, y el 15 de febrero acaba de inaugurar una exposición de cuadros suyos, en número de ciento cincuenta y tantos, en «The Art Institute of Chicago», pintados en menos de veinte meses.

Abarcando en conjunto la inmensa producción de Sorolla, se ven dos tendencias diferentes; una que se caracteriza por la insistencia en desenvolver una fase pictórica, tratando de conseguir en cada lienzo una mayor perfección; otra, en la busca de nuevos problemas de expresión pictórica. En esos dos tipos de producciones halláis, á lo mejor, con unas cuantas obras que os causarán verdadera extrañeza por el modo de estar ejecutadas; veis en ellas un trabajo grande; se ha insistido mucho en su labor, un día y otro, borrando y pintando de nuevo, substituyendo el manejo de la brocha grande por un pincel pequeño; la forma, las modificaciones de color, están deletreadas (valga el simil); no sólo analizado todo escrupulosamente, con rigor, sino expresado también así sobre el lienzo, produciendo un contraste grandísimo con sus otros cuadros, de ejecución sintética, rápida y, además fogosa.

Y ahora voy á hablaros de algunos de sus últimos cuadros, no de todos, pues estos ascienden á la respetable suma de más de ciento cincuenta, y ocuparme de todos ellos analizándolos de uno en uno, haría interminable este artículo. Conviene tomar como precedente de las últimas obras de Sorolla, aquellas que pintó durante el verano de 1909 en la playa del Cabañal. En ellas, llega el pintor á dos resultados verdaderamente sorprendentes, uno relativo al cromatismo y otro á la forma. Para el autor de «Sol de la tarde»,



Sorolla.—El baño del caballo



Sorolla.—Marinero

como buen impresionista—ya me atrevo á decir que el mejor de ellos—la luz es siempre color y viceversa; esto es, la luz siempre se desdobra en matices múltiples é incesantemente varios; es el gran elemento vital de sus cuadros y uno de sus mayores encantos.

En las obras de 1909, llega á afinar las sensaciones de luz, de un modo maravilloso, y á «sintetizarlas»;—de todo intento subrayo la palabra, para darla fuerza expresiva.

En el cromatismo sucede lo mismo que en la forma, se procede primero por pobreza de matices y de movimiento de los planos; luego, por sobreabundancia; últimamente por sintetización. En este último período, el cromatismo y la forma adquieren el máximo de sobriedad, pero en esta se halla contenida toda la riqueza de matices y planos de antes; la sensación es más enérgica y más clara. Esto hay en las obras de Sorolla de 1909.

Además, conviene advertir, que uno de los secretos del buen éxito cromático de un cuadro, consiste, nó en prodigar manchas variadas de color, y hacer intervenir toda la gama de la paleta en cada trozo del lienzo, sino en establecer un acorde binario ó ternario, repartir «cualitativa» y «cuantitativamente» esos tonos fundamentales del cuadro de una relación de distancias precisas y bien matizadas de pequeños intervalos.

El avance de ésta en los cuadros últimos de Sorolla, se hace paralelamente á su colorido. La forma se sintetiza también, pero, cada plano, cada línea imaginaria (no real en el cuadro, puesto que no existe en él, como no existe en la naturaleza) toman una intensidad vital grandísima.

Paralelamente á esos refinamientos y sensaciones cromática y de forma que tienen los cuadros de Sorolla de 1909, va la factura de los mismos. Esta se hace más sobria, más precisa y más dúctil. Las pinceladas son largas, unas veces fundiéndose unas con otras, y dando cambiantes de planos y de color en un mismo arrastre del pincel; otras, haciendo el toque pequeño y vibrante, ó dando grandes restregones de color muy licuado, y sobre estas manchas, la pincelada pequeña, con mucha pasta y rápidamente puesta sobre el lienzo.

Y vienen la serie de cuadros posteriores. Desde el verano de 1909 hasta la fecha en que Sorolla partió

para América del Norte (18 de Enero de 1911) sólo pintó dos obras de encargo: un retrato en París (Oktubre de 1909) y el cuadro «Colón saliendo del puerto de Palos», para un multimillonario yanqui. Todas las obras restantes (más de ciento cincuenta) han sido hechas al gusto del autor, sin preocupaciones de ningún género, fuera del campo del arte.

Esa situación libre de Sorolla, le ha permitido desenvolverse ampliamente. Uno de los cuadros más interesantes, es el retrato de la señora del pintor, hecho en unas veinte sesiones; el acorde es extraño y difícil; un traje negro de seda y un fondo y sillón rojo caimesí de damasco antiguo; luz alta y fina, poco intensa. Esta obra es de una construcción apretada, dicho todo precisándolo bien, deteniéndose en lo que podríamos llamar cada frase de forma.

Contrasta este retrato con otro hecho en los mismos días; es también de la señora de Sorolla. Se basa en una armonía sencillísima y clara. La retratada viste traje de seda de un blanco agrisado, y se halla sentada sobre un sofá forrado de seda amarilla, apoyándose en un almohadón de seda amarilla también. Todo el cuadro tiene una luz fina é igual, sin contrastes de claroscuro, hallándose, sin embargo, fuertemente expresada la corporeidad de la figura y de los efectos del cuadro.

El retrato de María Sorolla recuerda las mayores delicadezas de los mejores de Goya. Una cabeza juvenil, de finos tonos sonrosados, alumbrada á plena luz; un escote que alarga esa mancha luminosa; una mantilla negra de encaje que recuadra la cabeza y el pecho en fuerte contraste; una falda de seda gris ambarino muy claro, sobre la cual resbala la luz perdiendo intensidad; tal es el acorde sencillo y prodigiosamente ejecutado en ese retrato; imaginaos una inmensa perla, medio recuadrada por encajes negros, en una habitación alumbrada por las luces mares del crepúsculo.

Y doy fin á estas notas, hablandoos de como Sorolla llegó en los cuadros del verano último á dar la expresión plena de carácter étnico y moral de sus personajes.

Cuando contempláis sus marineros de la costa levantina, no podéis confundirlos con otros; sus «Leoneses», tienen la característica propia del país, siendo inconfundibles con los labradores de otras regiones. Contemplad, ahora, sus vascongados y no podréis confundirlos con otros hombres.

Sorolla no se ha preocupado de afirmar en sus cuadros esos caracteres étnicos, geográficos ó profesionales. El tipo castellano lo véis fuertemente marcado en el cuadro «Los leoneses», sin echar mano de capas largas y pardas, improvisadores ó copleros, jueces de pueblo, enanos y toda esa serie de tipos pintorescos para la exportación extranjera. Cuando se es artista sincero, basta colocarse delante del natural, abrir mucho los ojos de la cara y del alma y dejar correr el pincel. No sabemos que la Naturaleza haya hecho caricaturas-trampas, para dar seres reales llenos de carácter.



Sorolla.—La hija del pintor



Valparaiso, 3.^a semana de julio de 1912.

La voz cantante de los muchachos ha llevado á todos los ámbitos de la ciudad el nombre de PLUMA Y LÁPIZ, resucitando aquí y allá un eco grato en el alma de los hoy viejos colaboradores ó lectores del semanario muerto ocho años há.

—¿Qué dice ese chico? Ah, PLUMA, la vieja y querida PLUMA!...

Y si se trata de un grave funcionario que marcha con su mujer del brazo y el tropel de chiquillos al lado, dirá á su consorte mientras hojea nerviosamente la nueva revista:

—¿Recuerdas? ¡Donde yo te escribía versos, cuando no era más que un enamorado poeta!

Muy transformado el cuaderno, más grueso y elegante; pero no tanto sin duda como ha cambiado su antiguo colaborador: infinitamente más gordo y lujoso que aquel muchacho que se desvelaba aconsonantando sus madrigales para la amada.

Sin embargo, el prestigio del nombre basta para que su espíritu, ya disciplinado y positivo, se eche á vagar en compañía de los recuerdos de la vida de bohemia. Con el rabillo del ojo se ve por los hombros una bravia melena no muy limpia, acariciándole la barba los lazos volantes de una corbata multicolor, la ropa descuidada, los zapatos torcidos, y coronando la cabeza convertida por dentro en un kaleidoskopio, un sombrero inverosímil, altivo y provocador, que es como el penacho de su fantasía.

Era el buen tiempo en que con tres ó cuatro locos como él se iba del bracete en correrías nocturnas por las calles del Almendral, recitando con voz llorosa estrofas de los maestros, ó improvisando audacias en que las metáforas estallaban como granada de bengala entre el martilleo de los endecasílabos. A veces se detenían á la media noche, junto á la barandilla del puente Jaime, para escuchar en un silencio religioso, algo superior á todo lo dicho: la «Serenata de Schubert» ó la «Oda de Víctor Hugo». Las voces se alzaban sobre el ahogado estruendo de la ciudad, como rabiosas en el ansia del desquite...



Ellos no quieren reconocerse en esta generación de escritores profesionales, que practican la higiene, que leen libros científicos y hasta pagan sus cuentas al sastre y al zapatero. Su entusiasmo razonado y metódico no es el de ellos, por más que reconozcan que dura para más.—¡Epoca de literatos temperantes y hasta vegetarianos!... ¿Puede esperarse algo de tales artistas?—se preguntan.

Hoy han pasado el uno al lado del otro, saludándose sin estimación, por cortesía. Al elegante de hoy y bohemio de ayer, el escritor de esta generación no le recuerda nada de su desórden y su entusiasmo vehemente. Tampoco el joven escritor que afila su lápiz para colaborar en PLUMA parece preocuparse de la exagerada pulcritud con que ahora se presenta en sociedad su antecesor en las letras.

Y, con todo, ambos se deben alguna cosa: el uno la educación del gusto público hasta dejarlo en el

linde del arte romántico, y el otro la continuación de su obra dentro de la realidad nacional.

...Otro día que tenga á mi alcance al uno y al otro he de ponerlos en contacto, con el intento de presentar su reconciliación como una ofrenda en el altar del Arte Libre que viene proclamando PLUMA Y LÁPIZ.



La sombra blanquecina de las nubes ensombrece prematuramente las carillas donde va escribiéndose esta crónica. Un día muy «porteño», velado por nieblas inmóviles; que cierran el horizonte marino con un muro tan denso como el de los cerros que limitan el horizonte terrestre.

La actividad del puerto se desarrolla con mayor aliciente, pero más discreta en su estruendo, dentro de este ambiente blando, oleoso, como de gutapercha. Ruidos amortiguados, silbar de trenes, más llorosos que nunca... El provinciano siente encogerse su corazón bajo esta frialdad húmeda, en la ausencia de su adorado sol de los valles cordilleranos. Piensa en que allá también llueve, pero en rachas tan violentas como rápidas, para en seguida lucir más resplandeciente la luz de oro en el cielo diáfano como un fino cristal recién lavado. ¡Pero este ambiente de plomo, este cielo eternamente indeciso entre la lluvia y el sereno, cuánto mal le hacen!

Mientras el recién llegado se abandona á estas protestas, el porteño nativo labora con más celeridad que nunca en medio del barro ó de los charcos. Pasa á largas zancadas, envuelto en su impermeable; y sólo se distingue de él, por la menor vastedad de la silueta, la empleadita que marcha con paso menudo y rápido, también embozada hasta los ojos en la tela gris del impermeable.

Y destácase de la movible columna de transeuntes la alta figura del «gringo», moviéndose á maravilla en el ambiente de su querida bruma londinense, que aquí aromatiza de sabor local el humo de su cachimba...



Llueve; sopla una ráfaga; la lluvia azota con más fuerza los techos y los muros. Las gentes se recogen con apresuramiento al tibio asilo del hogar. Las calles van quedando solitarias allá por las oraciones, y la hora amarga, lúgubre del anochecer se empapa de una acerba melancolía.

El minuto es propenso á los más ingratos recuerdos. El enfermo, tras el balcón, se revuelve en su silla, esquivando la mirada del fugitivo desfile, mientras siente cobrar bríos las punzadas de su gota... La joven en espera de alguien deja caer desoladamente la cortina, ya agotada toda esperanza. Y el hombre, á solas con su pensamiento, piensa en la novia perdida, en el amigo desleal, en los viejos proyectos abandonados, al mismo tiempo que un desaliento de muerte le hace saltar la pluma con que aliñaba cifras en el mesón de la contaduría...

E. M.



Ejemplos

Mi vecino del lado tiene un jardín
que en dar hermosas flores no tiene fin.
Pero, (terrible pero), quiso el destino
que no vieran los ojos de mi vecino
las flores que cultiva su mano. Luego,
demás está que diga que el hombre es ciego.

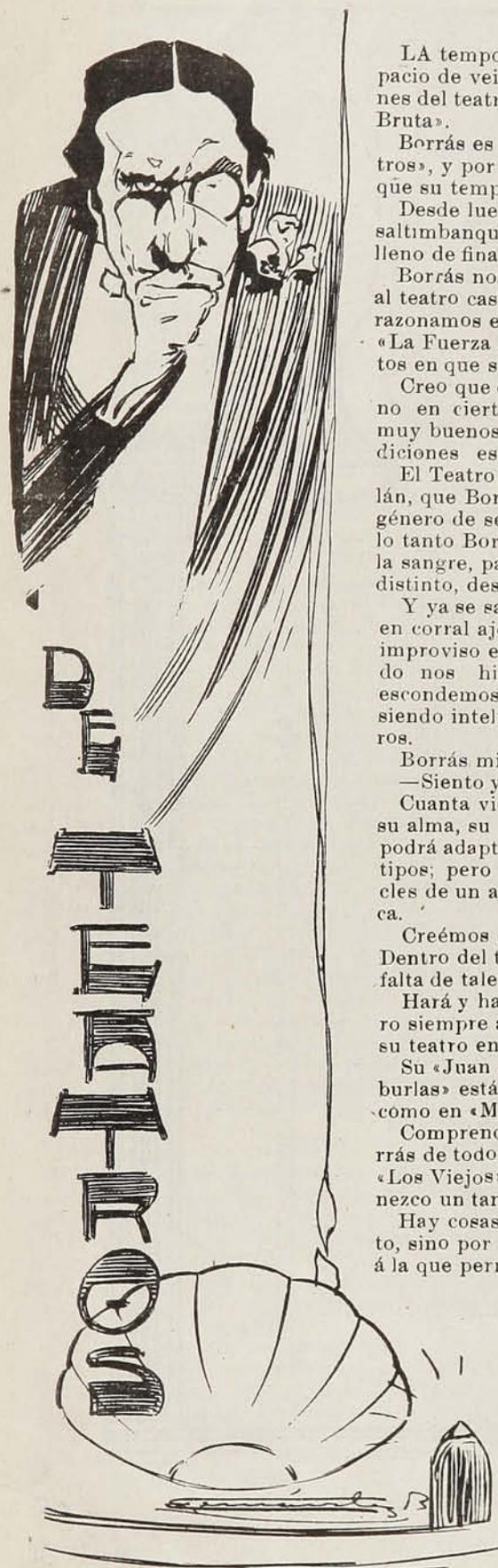
Más, yo que no poseo jardín ni flores,
y que las flores deseo de mil amores,
me doy el placer santo, casi divino,
de contemplar las flores de mi vecino.

Mi vecino del fondo no oye ni á gritos
y alimenta un enjambre de pajaritos
que gorjean y trinan el día entero.
Mi vecino el alpiste les echa, pero,
(terrible pero) el hombre no oye ni un trino,
¡tan grande es la sordera de mi vecino!

Más, yo que no alimento aves parleras
y que á las aves amo de todas veras,
me doí el placer santo, casi divino,
de escuchar á las aves de mi vecino.

Conclusión: que es á veces lícito y bueno
gozar con lo del rico cercado ageno.

M. MAGALLANES MOURE.



LA temporada de Borrás entre nosotros, está en pleno trabajo. Por espacio de veinte días, han admirado al gran actor varias de sus creaciones del teatro catalán, y una obra del teatro de Benavente: «La Fuerza Bruta».

Borrás es gran admirador de Benavente, lo considera «maestro de maestros», y por lo tanto desea hacer su teatro, es decir aquellos tipos á los que su temperamento pueda adaptarse.

Desde luego nos ha hecho ya «La Fuerza Bruta» aquel tipo delicado del saltimbanqui que por una caída queda inútil. El papel es corto, tranquilo, lleno de finas transiciones.

Borrás nos hizo sentir hondamente, sinceramente. Los que tomamos al teatro casi como profesión, pocas veces nos conmovemos. Es decir, razonamos el sentimiento, lo ahogamos bajo fórmulas inconscientes. En «La Fuerza Bruta», nos abandonamos á las impresiones, y hubo momentos en que sentimos los ojos húmedos.

Creo que el creador de «Tierra Baja» podrá tocar el teatro benaventiano en ciertos tipos, actores de carácter, que ese teatro tiene muchos y muy buenos, y de tiempo en tiempo, algún galán que encarne las condiciones escénicas de Borrás.

El Teatro de Benavente, á mi parecer, es la antítesis del teatro catalán, que Borrás hace con tanto éxito. Es otro género de literatura, otro género de sentimiento, otra visión artística, otra alma y otra carne. Por lo tanto Borrás sale de un mundo artístico tan suyo, que tanto lleva en la sangre, para vivir en otro mundo distinto, en que todo es también distinto, desde la manera de hablar hasta la manera de vestir.

Y ya se sabe en la vida el dicho vulgar y tan justo: «estar como pollo en corral ajeno». Nada es más molesto y más violento que sentirse de improviso en ambiente distinto al que hemos vivido. Todo nos choca, todo nos hiere, como consecuencia de este choque; nos replegamos, escondemos la personalidad; y no siendo frios, aparecemos de hielo, siendo inteligentes, nos apagamos; siendo sensibles, nos volvemos duros.

Borrás mismo ha dicho:

—Siento y vivo en catalán.

Cuanta violencia experimentará el actor al sentirse fuera de lo que es, su alma, su sangre. A fuerza de cuidado, de pericia escénica, de talento podrá adaptarse al teatro moderno castellano, y hacer con éxito ciertos tipos; pero perpetuamente sentirá sobre su cabeza esa espada de Damocles de un arte que no es el que vieron sus ojos al nacer á la vida artística.

Creémos que Borrás será generalmente genial en el teatro Catalán. Dentro del teatro moderno castellano; será siempre discutible, no por falta de talento, sino por razon atávica.

Hará y hace bien, muy bien, algunas obras del teatro extranjero; pero siempre aquellas que tengan un parentesco ó guarden analogías con su teatro en el cual ha ganado el nombre que tiene.

Su «Juan José» es discreto pero no como debiera ser; «La Cena de las burlas» está bien; pero tampoco como debiera estar. Y en otras obras, como en «Malvaloca» está ménos que bien.

Comprendo y admiro con todo el entusiasmo de que soy capaz, al Borrás de todo el teatro catalán, al de «Tierra Baja», de «El Místico», de «Los Viejos», de «Buena Gente», de «El Padre Juanico», etc; pero permanezco un tanto frio con el Borrás del teatro moderno castellano.

Hay cosas que jamás podremos hacer en la vida, no por razon de talento, sino por una razon mucho más poderosa todavía; por razon de sangre, á la que permaneceremos siempre esclavos, por más que algunas veces logremos burlar, con cierto donaire, esa esclavitud.

Los malos logran á veces ser buenos; pero los buenos, no lograrán jamás ser malos francamente.

Algo así le pasa al eminente actor catalán. Logra su genialidad pasarse al otro bando; pero cuando menos se piensa, ya está de nuevo en casa y tan ricamente.

He observado que en general los geniales en cualquier órden de cosas, son poco dúctiles.

No tienen el amable y gracioso término medio. O genial ó malo. O mas bien, esto de malo, no lo es en realidad, sino por razon de contraste. Como á ciertos hombres estamos acostumbrados á verlos siempre geniales, la más pequeña vacilación, dá un tan fuerte claroscuro á nuestros ojos, que nos sentimos molestos, y esta molestia, la tradu-

cimos por maldad, no encontrando mas á la mano otra traducción.

Pensamos que lo malo que podemos juzgar en Borrás, sea algo efecto de ese contraste, y algo tambien por razon de temperamento del actor.

A Borrás se le conoce desde que entra á escena cuando va á dominar su papel y cuando nó. El gran actor no necesita de tiempo para que lo admiremos ó lo censuremos. Desde que aparece por «cajas» ó por «foro», un pequeñísimo gesto nos dá la nota precisa de toda la obra. ¿Quien puede dudar de la genialidad de la interpretación de «Tierra Baja», cuando él lanza aquel grito tan ingenuo; sentido al llamar á Marta? Y ese grito, y esa cara, esos movimientos que nos evocan los cabritillos entre las peñas; dá el tono genial de toda la obra. Y otro tanto podemos decir de «Buena Gente», y otro tanto de «Los Viejos», y otro tanto de «El Padre Juanico» obra estrenada con éxito por Borrás la semana pasada.

Desde que pisa la escena aquel «padre Juanico», es maravilloso. Que manera de cogerse la sotana, que bondad en la mirada, los gestos, cuanta tranquila nobleza en el decir. Y esa justeza y calor de vida de la entrada del actor, es toda la obra entera. Estará admirable desde ese momento hasta el final, efectivamente lo está.

Es Borrás en el teatro de Guimerá, en el teatro de Rusiñol ó en el teatro de Iglesias. Es el Borrás, á ratos genial y á ratos magnifico, es el Borrás que quisiéramos ver siempre, prestando tanta sangre y tanta alma á la vida de sus tipos, de esos tipos de que hablamos.

Tenemos grandes deseos de ver al actor interpretando «Mas fuerte que el amor» de Benavente. ¿Como irá á cojer á ese Carlos delicado y enfermizo, un poco artista y un poco caprichoso, enfermo de nostalgia y de pobreza de sangre? No es este un tipo de carácter, ni tiene analogía con el saltimbanqui de «La Fuerza Bruta». Es otra cosa, una media tinta esquisita, con toques de agua fuerte, al fondo.

La novedad de la semana ha sido «Malvaloca», de los Quinteros. Una de las mejores comedias de los autores andaluces. Alguien dijo entre charlas que era algo asi como la Dama de las Camelias en andaluz. No es eso. Es mucho mas humano, mucho mas del dominio de todos, mucho mas adorablemente ingenuo.

Los Quinteros en ésta obra, han sido mas dramaturgos y menos saineteros; mas intensos en su trama capital y menos episódicos.

Los caracteres son claros, definidos, simpáticos. «Malvaloca» se hace querer, Leonardo inspira un poco de piedad, Salvador inspira interés por su misma frivolidad y sentido común.

Fresca brisa de bondad emana de «Malvaloca», unida al dolor misterioso de lo irreparable. Los Quinteros han fijado un tipo de mujer que cuantas veces hemos conocido y acaso hayamos amado! Todos han tenido ó tienen en su recuerdo una «Malvaloca», que como perfumada enredadera se une al alma; mujeres en las cuales el pecado de una caída no alcanzó al alma, sino tan solo tocó la carne deleznable. Y esas «Malvalocas» de la vida, son acaso las únicas que no se olvidan, que no mueren, que aún marchitas y al través de los años, conservan todo el prestigio de las dos palabras de que estan formadas: el suave aroma de la malva y la quimera inquietante de una local...

Quisiéramos hacer una crítica mas detallada de la obra; pero ya lo hicimos en otro diario. Nos concretamos aquí á hacer esas apuntaciones personales que no tienen cabida en un artículo oficial de periódico,

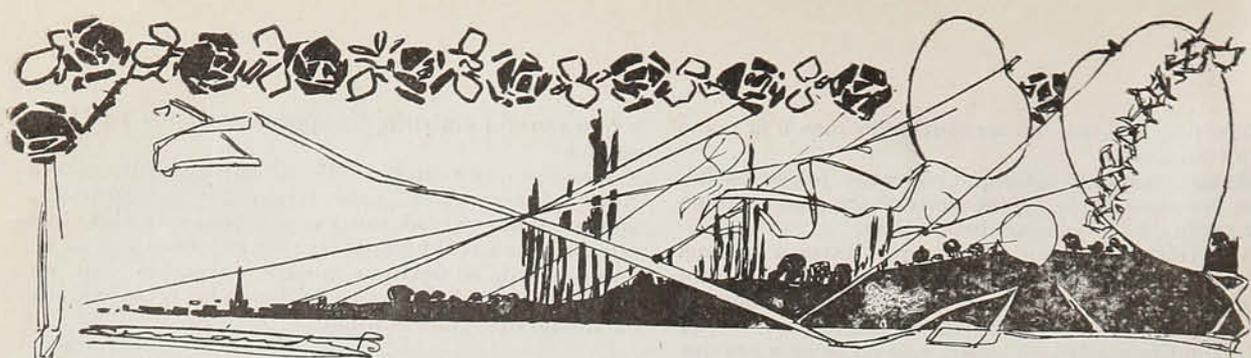
y que son sin embargo las que preferimos con todo cariño.

Siempre que veamos «Malvaloca» recordaremos á Anita Adanuz en ese papel. Tiene tanta ingenuidad su tipo, tanta verdad, tanta espontánea ternura, que mientras una real y verdadera «Malvaloca» de la vida no nos dé su perfume, no nos desprecie con su locura, la recordaremos á ella diciendo estos versos en medio del llanto contenido:

«Merecía ésta Serrana»
«Que la fundieran de nuevo»
«Como funden las campanas».

N. YAÑEZ SILVA.





VOLANTINES DE AMOR

LA aldea se vistió con su riente traje de primavera. Las viejas tapias de tablas parecían romperse, incapaces de contener el empuje de las flores que salían de los huertos como una incontenible orquesta de risas triunfales. Floridos durazneros, almendros y perales en flor, agrupábanse como alegres muchachas vestidas de rosa y blanco; deshojando sobre los escasos transeuntes de las callejuelas del pueblo una lluvia de

pétalos perfumados.

Y de los campos vecinos, de los cerros próximos, inmensas sábanas esmeraldinas, llegaban brisas tibias con olor á menta y poleo, junto con una inquietud alegre de tierra fecundada que hacía brotar los primeros retoños verdes de sus triguales.

Y con la primavera, hicieron su aparición en el claro cielo dorado de sol, los primeros volantines de los muchachos aldeanos.

Eran muchos. Amarillos, azules, blancos ó violetas. Había algunos pequeñitos que se sostenían con dificultad en el aire, haciendo tímidos é infructuosos ensayos como los de una avecita recién salida del nido; otros, grandes, solemnes, se pavoneaban en el aire como gruesos prelados satisfechos; había unos pocos, esmirriados, que se elevaban vergonzadamente, implorando piedad por su audacia; mientras una buena cantidad hacía su invasión desde las afueras del pueblo en actitud agresiva. Eran los peores; algo así como los socialistas de ésta florida sociedad aérea; mal vestidos, en papeles ordinarios, ostentando parches indecentes; semejaban pilletes ó bandoleros sin Dios ni ley.

Se les temía, se les aborrecía; y como venían provistos de hilos vidriados que ponían en peligro la vida de muchos volantines burgueses, la comunidad había resuelto estirparlos oponiéndoles un enorme cometa de tela, construído por suscripción pública, grande como un astro, severo y lento como un juez, con una enorme cauda, mas temible que un azote de iracunda divinidad.

Lejos de éstas luchas, buscando la soledad en el limpio cielo de los atardeceres poblanos, hicieron su aparición dos volantines singulares. Formaban una nota rara entre el resto de sus compañeros. Uno, el más grande, se erguía ágil, gallardo, con cierta seguridad viril y tenía en su forma y en su fina cauda de hilo, algo de honrado y tierno que lo hacía simpático desde que se le veía. El mas pequeño, todo de blanco, delicado y frágil, parecía una cándida comulgante de ojos celestes, tan femeninos, insinuantes y esbeltos eran sus movimientos en el sereno espacio azul.

Se buscaban mutuamente los dos volantines ami-

gos, se alejaban juntos hasta perderse de vista, allá sobre los potreros verdes; volvían luego enlazados, besándose sus dos caras de seda, mientras sus largas colas retorciáanse como serpientes inofensivas, maliciosamente juntas. Había veces que mantenían diálogos apasionados en los que llevaba el alto la arrogante figura del volantin oscuro, imponiendo su voluntad, dominante y seductor; mientras el blanco cometa parecía doblegarse defendiéndose en su albo pudor, y como el más grande se revolviere airado, el más pequeño cedía, cedía... con angustiado movimiento de delicia suprema, de infinita dulzura, como una entrega de voluptuosidad incomparable.

Y ocurría invariablemente un hecho que no pasó desapercibido para la malévola observación del vecindario. Casi siempre los dos volantines caían juntos á tierra; algunas veces atraído el mas pequeño por el volantin más obscuro, otras recogido por el blanco.

Se hicieron comentarios. Se les señalaba como un caso de vergüenza pública. ¿Qué significaban aquellos volantines amorosos, sin pudor, que parecían insultar en su egoísta aislamiento la vida de rencillas de sus compañeros?

Y los volantines comadres del pueblo, comenzaron á murmurar, llegando á atribuirles nombres conocidos por todos. El uno se llamaba Pedro y el otro se llamaba Juana... Juanita, la niña más pura, más bella y más codiciada del pueblo.

Se emprendió una sorda campaña contra los primaverales cometas de amor. Se les espiaba, se les tendía celadas. Y un día salió de la turba de volantines envidiosos, reunidos en grupo amenazador, un volantin socarrón y astuto, que dió un traicionero zarpazo al cometa blanco, quien, inesperto y tímido, sin que pudiera apenas defenderse, se abatió en tierra desmayadamente.

Y los padres de Juanita, de la niña más pura y más bella y codiciada del pueblo, pudieron leer una esquela azul atada á la cauda del cometa de su hija, que decía así, poco más ó menos: «Amor mio, esta noche te espero, como de costumbre, en el huerto, bajo el gran duraznero cargado de flores...»

Y desde ese día todas las tardes se eleva solitario, en los melancólicos atardeceros de la aldea, el desolado volantin obscuro de los celestes amores. Pero su compañero no acude á la cita, y sobre los árboles floridos de los huertos, sobre los campos esmeraldinos que abren al sol muriente sus frescos retoños, se pasea en actitudes que semejan la desesperación, la súplica, el abatimiento; mientras los malévolos volantines burgueses, los volantines pilluelos y los volantines hipócritas, revolotean alegremente, como en una gran carcajada burlona!...

F. SANTIVAN.

ORADORES FÚNEBRES



EL otro día he leído una noticia que me ha dejado patifrío: sobre la tumba del malogrado estudiante Macuada, en Ovalle, se pronunciaron... ¡diecinueve discursos! Tal como suena.

¿Imagínais todo lo espeluznante del caso? ¿Seríais capaces de apreciar en vuestra mente la magnitud de aquella avalancha de oratoria fúnebre?... ¡Jamás! Ella no cabe en comprensión humana de criatura, como decía Zorrilla.

¡Qué pavoroso espectáculo, más pavoroso aun por desarrollarse en el lúgubre recinto de la muerte: diecinueve oradores sucediéndose sin interrupción en la tribuna funeraria, haciendo el elogio del extinto en discursos largos como la eternidad en que ha entrado el heroico muchacho á quien se daba la última despedida!

¿Es acaso, señores, (yo también me he contagiado) que en Ovalle el día sideral es doble del de Santiago? ¿Cómo se han podido, en el breve espacio de un día de invierno, pronunciar diecinueve discursos sin que la aurora del siguiente sorprendiera a las personas que concurrían á la triste ceremonia, á la altura del discurso número diecisiete?

El chistoso Taboada refiere en uno de sus más regocijados artículos, el caso de un doctor que llega al hospital á hacer la diaria visita á sus enfermos después de haber pasado una noche de juerga en alegre y desenfadada compañía. Se acerca á uno de sus pacientes, y para auscultarlo, apoya la cabeza en su pecho diciéndole: Ea, empiece usted á contar desde uno.

Y como la trasnochada había sido de punta á punta, allí se quedó dormido como un trompo.

Cuando despertó, el enfermo decía con voz apagada: Seiscientos sesenta y ocho... seiscientos sesenta y nueve... seiscientos setenta...

Me temo que en este caso de Ovalle haya pasado, «mutatis mutandis», algo parecido: los asistentes, al igual del farandulero doctor, se habrán dormido de pie al cuarto ó quinto discurso, y al volver en sus cabales, se habrán encontrado con que recién escalaba la tribuna el orador décimonono,

Confesemos que diecinueve discursos es demasiado para un difunto solo. ¿Por qué los oradores Vallinos no imitaron á sus colegas de Santiago, de hace poco? Al otro día de los funerales del Almirante La torre, apareció en un diario una serie de piezas oratorias encabezadas con este título: Discursos que debieron pronunciarse ayer en la tumba del Almirante.

Es una idea genial, y que ojalá encuentre imitadores en el dilatado gremio de oradores del ramo fúnebre.

Aun más: yo creo que se haría un positivo servicio á los asistentes al sepelio de personas notables, extendiendo esta feliz innovación á la totalidad de los discursos. Que de manos de los oradores fueran á parar los originales de sus arengas mortuorias á las linotipias de los periódicos, sin su obligada lectura en la necrópolis. ¡Qué sabia medida!

Y en cierto modo, hay precedentes: ¿no se acostumbra ahora suprimir las coronas y dedicar su importe á obras de beneficencia, en homenaje al fallecido? Pues hágase lo propio con los discursos: suprimase su lectura, y su valor, digo, su texto (porque les hay que no valen tres cominos) destínese á la prensa, que á veces está verdaderamente pobre de material.

Y desde ultratumba, de fijo que el más reconocido sería el difunto.

Porque esto de los discursos fúnebres pasa ya de ciprés obscuro (aquí no cabe lo de castaño).

Hay quienes aprovechan el entierro de algún personaje ilustre, ó simplemente el de alguna persona acomodada, para hacer su «debut» en la oratoria. A veces ni conocen al muerto, y como no pueden abrigar ni la más remota esperanza de que algún día se los presenten, resultan unos perfectos majaderos.

Si la cosa sigue como va escucharemos en breve diálogos al estilo bursátil, como éste:

—Oye tú, ¿cómo están hoy los discursos fúnebres?

—A 19, con tendencias á la baja.

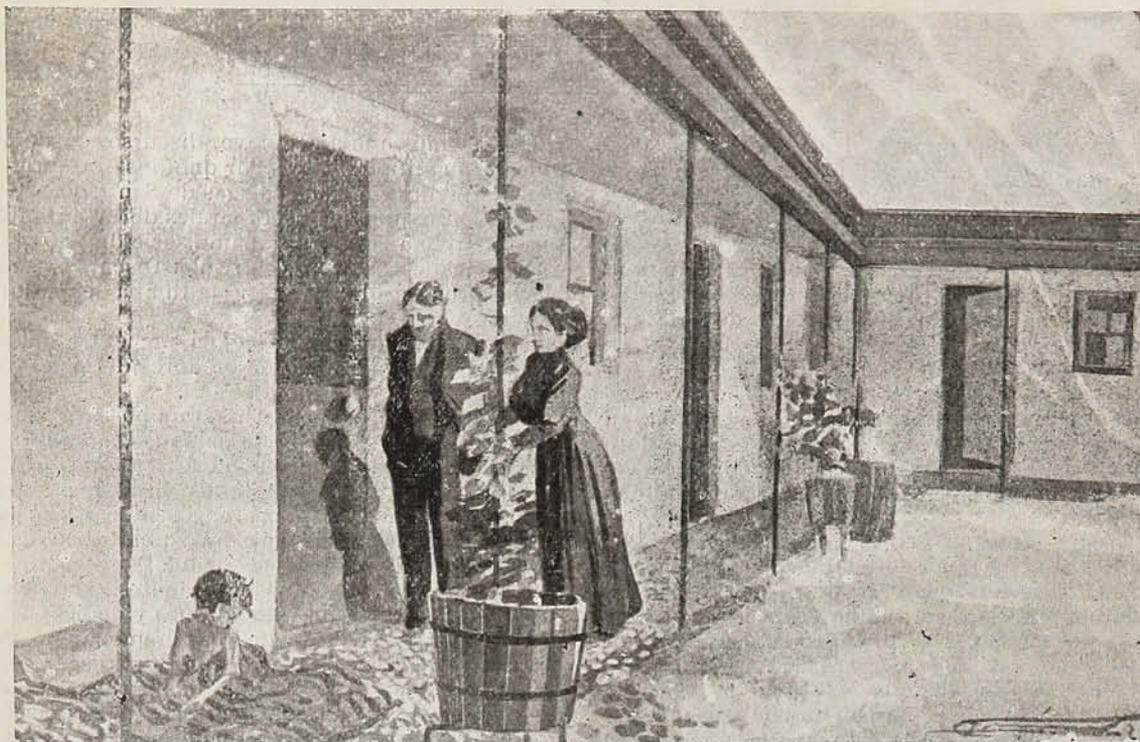
¡Ojalá bajaran á cero grado!

PE德罗 E. GIL.

POBLACION LEON XIII



Casitas inauguradas en la Población Leon XIII, en la fiesta celebrada el domingo último con motivo del primer aniversario de su fundación



ANTOÑITO

Al bajar de la habitación que acababa de tomar la en arriendo, mi nueva patrona me detuvo al término del corredor ante alguna cosa callada é inmóvil que se arrebujaba sobre el trecho menos húmedo del empedrado:

—Este es mi ahijado, me dijo, con su voz más melosa, en que había ahora una inexplicable expresión de vanidad satisfecha.

Distinguí entonces bajo el rebozo una carita demacrada, el pelo lacio caído hasta las cejas, la nariz transparente y los ojos agrandados y sin brillo, de largas pestañas, fijos en el suelo. Aquella criatura lo mismo podía tener dos que cinco años. Por su semblante prematuramente grave y marchito, inclinado sobre el pecho, parecía un viejecillo, mientras que su cuerpo perdido en los pliegues de un cobertor, como algo muerto é inmaterial, le daba el aspecto lamentable de uno de esos muñecos que se envuelve de prisa para calmar las impacencias de algún regalón, y que éste arroja por los rincones después de arrastrarlo todo el día.

—El angelito es muy paciente, continúa la amable señora. No molesta en nada, y su mamita se da tiempo para hacerlo todo en la casa, hasta que llega la hora de cambiarle ropa y llevarlo á la cama. Ahí lo verá usted todo el santo día sin chistar ni moverse á menos que...

La voz de la excelente mujer se hace brusca mente opaca y lamentosa:

—...A menos que amanezca «con la idea», por que entonces no deja acercarse á nadie ni acepta ali-

mento. En cambio, otras veces no hay con qué llenarlo. El pícaro se niega á dar paso, á pesar de tener siete años, pero á veces muy bien que va sosteniéndose á lo largo de la pared y se toma toda la leche ya ve, un jarro de litro y medio...

El pequeño mártir despedía un olor insufrible. Su mirada estrábica revelaba glotonería y rencor. En su cuerpo deforme se acusaba el desarrollo excesivo de ciertos órganos á expensas de otros, lenta torçura de un organismo lejos del buen aire y del sol. Idioteizado ó disimulador, no parecía darse cuenta de lo que se hablaba ó hacía en rededor.

La señora agrega con perfecta naturalidad al despedirse del pequeño con una larga mirada acariciadora: —Así delgadito como es, el niño es sano y robusto; nunca ha necesitado ni médico ni medicinas.— Y se dispuso á acompañarme hasta la puerta.

Era en Mayo en una de esas tardes santiaguinas en que el aire parece condensarse en cortantes láminas de hielo. Había llovido el día anterior, y el empedrado del corredor por donde me conducía la patrona resumaba una abundante humedad que hacía moldearse el tapiz en que se acurrucaba Antoñito. á la fria dureza del piso.

A la mañana siguiente llegué con la esperanza de ver vacío el jergón, pero allí estaba ya la miserable criatura, encogido, inmóvil y magro como un fakir en su cilicio, echando sobre el que pasado su odiosa mirada de través. Su madrina le dirigía al pasar alguna frase cariñosa y pueril, porque lo demás no le conmovía absolutamente. Hubo un momento

en que creí sorprender en ella una expresión de hipócrita, refinada crueldad, pero una observación más prolongada acabó de vencerme de su completa buena fé.

El espectáculo de una tan criminal ignorancia no me causaba, francamente, lástima; era más bien un sentimiento de repulsión, como ante una flagrante violación de las leyes naturales, del instinto maternal que parece siempre despierto en la muger. A ese impulso de protesta contenida por lo reciente de mi llegada, siguió luego un embotamiento de sensibilidad, determinado por el estupor que nos produce toda monstruosidad, todo lo que no atinamos á comprender.

Insensiblemente habia entrado yo también en el ambiente de indiferencia en que vegetaba aquella gente, hasta que hubo llegado el momento en que ya no me pareció tan horroroso el aspecto del niño ni tan criminal la conducta de las dos mujeres.

Me entretuve desde ese día, como un observador cualquiera, en indagar los orígenes de mis personajes, para llegar á una explicación racional de todo. Al fin, en una de esas confidencias á que era gran aficionada la patrona, me habló de las singularidades de su sirviente, de la madre. Aquella mujer enjuta y morena, que trabajaba todo el día con cierta rabiosa actividad, la habia recogido ella muy joven, unos quince años atrás. La señora muy indolente, muy dormilona, la habia confiado desde su viudez el gobierno de la casa. De maneras bruscas celosa de su ama, la factotum queria conservar para ella toda libertad. Y cuando su humor se ponía un poco más rebelde que de costumbre, debía presumirse la proximidad de una temporada de correrías por las tabernas y carbonerías del barrio.

Así fué como llegué á la conclusión de que Antoñito no habia sido el primer ocupante del terrible gergón del corredor, ni seria tampoco el último. Dos engendros del anónimo habian desaparecido ya, después de algunos meses de prueba sobre la alfombra del empedrado, en tanto que su madre cumplía como un modelo de sirvientes, su consigna de no desatender ninguno de los quehaceres de la casa.

Antoñito resistía demasiado, á juzgar por esto; y á la verdad, no se comprendía el empecinamiento de aquel cuerpecillo al aferrarse á la vida. En el curso de algunas semanas habia desmejorado cuanto le fué posible; pero apenas si yo pude notarlo. Los ojos, ya secos, se hundían en las cuencas, mientras que los pómulos se afilaban estirando la piel transparente como si fueran á romperla.

Pesamos al niño: once ó doce kilos de huesos, flojamente unidos, sin calor vital.

Mi apatía se dispó durante algunos momentos y

senti la necesidad de descargarme de mis últimos escrúpulos de conciencia:

—Si no sacan este niño á gozar del aire y el sol, se les va á morir de un día á otro, le dije con severidad doctoral á la señora. —Procure usted que haga algún ejercicio y déle buen alimento. Ante todo, hay que alejarlo de ahí.

La cara regordeta de la buena muger, sus ojos de mirar absorto, se contraen en el gesto de la mayor desolación, y se cae la máscara de su eterna sonrisa.

—Ay, señor Roberto,—suspira llevándose las manos á la cabeza, en uno de esos ademanes trágicos que un momento después la dejan completamente tranquila.

—No sabe usted cómo me hace sufrir este niño con sus porfias y caprichos. Ha de saber también, que se ha puesto terriblemente ladrón... De salir, no hablemos, porque ya tengo probado que no le gusta. Parece que le asusta la vista de la gente, el ruido, el mucho espacio. Recuerdo que una vez se nos ocurrió llevarlo al Parque, á fines del verano pasado no más, ¿puede usted figurarse lo que hizo? pues cuanto llegamos al bosquecito que rodea la laguna, el buen Antoñito se pone á hacer pucheros y se le caen tamaños lagrimones. No hubo más remedio que traerlo á la casa.

La pobre madrina está á punto de llorar. Solo el niño permanece impasible, sin levantar un punto la mirada del agua que corre allí cerca.

Todavía pasaron varios días después de esta escena, hasta que por último, una noche que me reco-

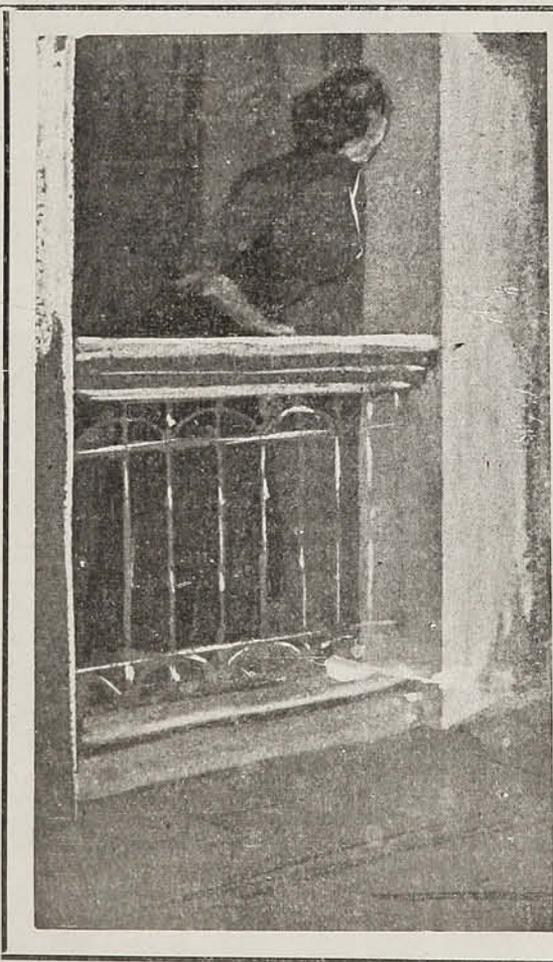
gía á mi pieza, la señora me salió al paso con el semblante inquieto y angustiada la voz:

—Parece que Antoñito está algo enfermo, me dice. Su mamita cree que sea un empacho, por causa de haberse comido toda una libra de higos, que dejé olvidada la otra semana sobre el aparador. Un niño tan sano, que va para los ocho años, ¿no es una lástima, señor?

Estuve á punto de abrir el entendimiento de aquella mujer con frases duras como martillazos: pero en seguida me calmé. Acaso fuera porque la esperanza de un pronto término de aquel martirio me produjera una sensación de alivio: acaso porque realmente vi en su semblante la expresión de un pesar verdadero y de una inconsciencia á prueba de revelaciones. Lo cierto es me contenté con decirle:

—No lo mortifiquen con medicinas, dejenlo tranquilo, que ya se le pasará.

A la mañana siguiente viene á golpear mi puerta la señora, con el pelo revuelto sobre la frente y los ojos enrojecidos. Sin exclamaciones ni sollozos me lleva de la mano hasta la cama donde Antoñito acaba de morir.



Mi sorpresa es grande al descubrir y el cadáver del niño, muy crecido, sobre una cama bien acolchada, vestido con un traje azul marino flamante y calzado con botitas de charol... ¡la ropa y el calzado de su único paseo!

Su carita se ha afilado mas aún; ya cerrados sus ojos rencorosos, su fino perfil resalta con nobleza enteramente ascética. Tengo la impresión de estar en presencia de una de esas figuras dolientes y amables del martirologio de nuestro Baldomero Lillo.

Segun me asegura la señora, el cuerpo guarda mayor elasticidad y calor de lo que tuvo en vida.

El día se pasa en los trajes del entierro. Toda la casa se ha puesto en movimiento, pues la madrina quiere, para consolarse de la irreparable pérdida, que su ahijado goce en la sepultura de todos los honores y comodidades. Sólo la madre no aparece por ninguna parte; habrá ido en busca de consuelo á sus barrios familiares de ultra-Mapocho. Por la capilla ardiente, deslumbradora de albos adornos y de luces,

desfila todo el barrio cantando un coro inacabable de alabanzas á la generosidad de la señora. El ataúd, forrado de raso celeste y con galones de oro, está cubierto de costosas coronas artificiales.

Por fin, después de ultimadas las diligencias con el arquitecto y el marmolista, muy entrada la mañana del siguiente día, el largo cortejo se encamina al cementerio. El carro fúnebre, blanco desde las ruedas á los arneses de las mulas blancas que lo arrastran con paso medurado, puebla todo el trayecto de un vecindario curioso y admirado. La evidente admiración que causa la pompa extraordinaria del funeral acaba por consolar del todo á la huérfana madrina, animándola á sacar la cabeza y abarcar el cortejo y el público con una mirada de orgullo que va diciendo:

—¿Ven ustedes lo que se hace cuando se tiene buen corazón?

ERNESTO MONTENEGRO.

LA KERMESSE DEL DOMINGO EN EL POLITEAMA



Vendedoras de flores



Aspecto de la platea

EL ANIVERSARIO DE COLOMBIA



Concurrentes a la fiesta en la Legacion de Colombia, en celebracion de su aniversario

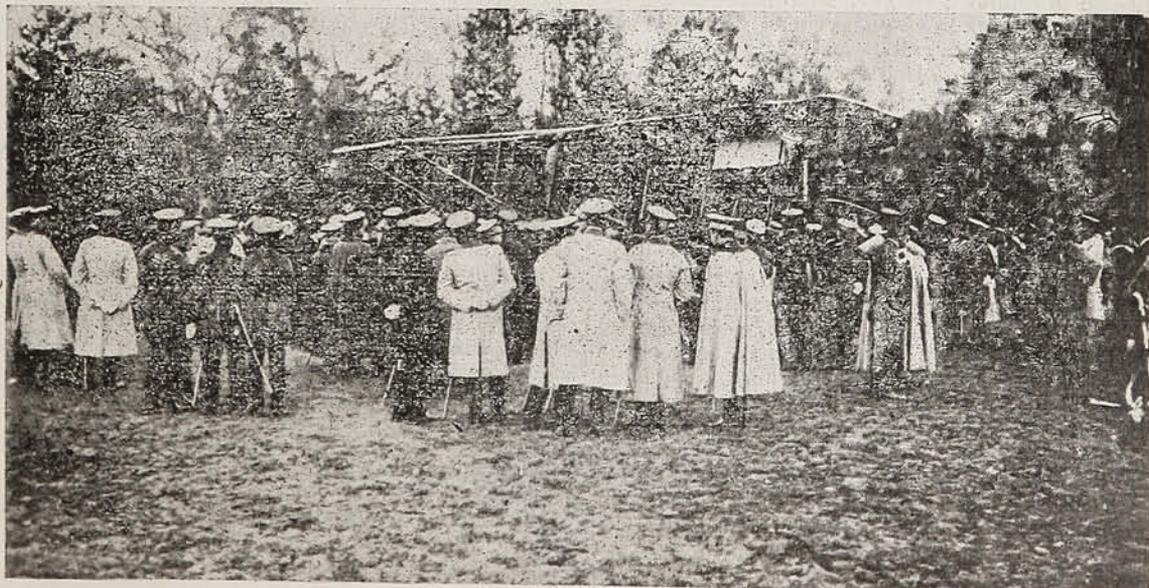
OLAS ERRANTES

Somos dos olas errantes,
Convulsivas ó serenas,
Que van á cantar sus penas
A los golfos más distantes.
Nuestros besos espumantes
Se confunden al chocar,

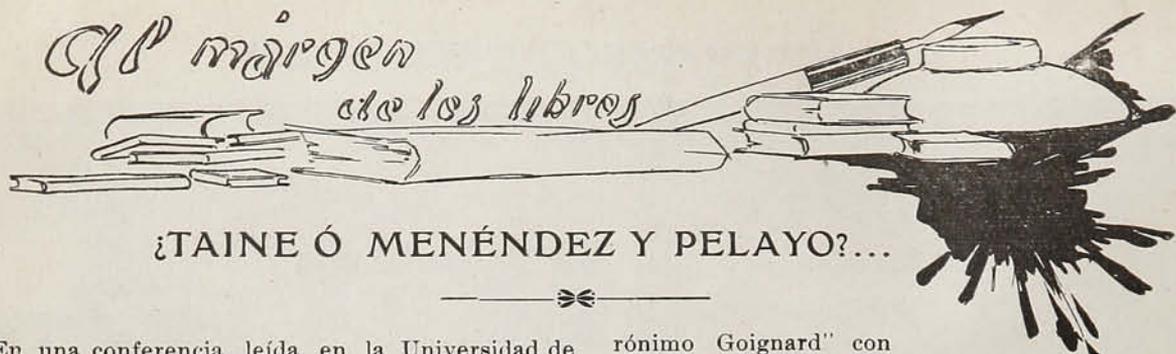
Se oprimen, y al estallar,
Se vuelven dando un lamento
Unos, arrullos del viento,
Los otros, perlas del mar.

FERNANDO ZELADA

EL SEGUNDO VUELO DE MOLINA LAVIN



Preparándose para el vuelo



¿TAINE Ó MENÉNDEZ Y PELAYO?...

En una conferencia leída en la Universidad de Chile el 21 de Junio dijo su autor al referirse á Menéndez y Pelayo que «De poderse comparar con alguien en su método de erudito, sería menester recordar los nombres siete veces redentores de Gaston Paris y de Max Müller, aunque si bien á éstos les sobra ese espíritu generoso de composición y de visión artísticas que Taine exaltó hasta la maestría y que Menéndez y Pelayo no tuvo tiempo de hacer suyo en su doble tarea de investigar y de reconstruir más con fidelidad de bibliotecario que con mirada é intuiciones de filósofo»... Hasta aquí el juicio del conferencista; difícil es alcanzar el espíritu que motivó esa comparación enojosa para la obra del escritor santanderino; pero, cabe preguntarse: ¿dentro del arte—ya sea la crítica ó la investigación comparada,—pueden colocarse en el mismo plano las obras de Paris, de Müller, de Taine y de Menéndez y Pelayo? Tal vez porque se les conoce poco á los dos primeros sabios á nadie les ha despertado la curiosidad en la parte que les corresponde en el paralelo; sí, en cambio, respecto del historiador de los «Orígenes de la Francia Contemporánea».

Para enmendarle la plana al conferencista, escribía pocos días después de la lectura don Misael Correa: «No tiene Taine ni el jugo, ni el calor comunicativo, ni la belleza de estilo de Menéndez y Pelayo. De aquél puede decirse lo que él dijo de Macaulay, que era ante todo un abogado que alegaba el brillo y que acumula pruebas é insiste con galana elocuencia»... Tal juicio no cayó en el vacío; una semana más tarde Omer Emeth echó al viento de los comentarios su protesta simpática, airada, violenta hasta un entusiasmo digno de los veinte años. Defendió el nombre de Taine con ardiente convencimiento. Alguien arguyó entonces: Don Emilio es un alma joven, un espíritu que se renueva; sólo así se concibe esa su defensa ardorosa, cuando ya peina canas y cuando con más unción que nunca cultiva su huerto bajo la dulce mirada del pescador de Galilea.

Omer Emeth dijo: «Por cincuenta páginas del primero (Menéndez y Pelayo) escritas con la atildada y seca perfección de un humanista del Renacimiento, podría yo citar doscientas ¿qué digo? mil del segundo en las que se luce tanta originalidad de estilo como vigor de pensamiento y «personalidad» literaria».

Los puntos de vista desde los cuales ambos comentaristas han juzgado á los dos críticos, no pueden ser más diferentes, y casi opuestos: Correa, formado en el culto del buen decir, ama lo clásico, es católico españolizante á toda prueba y desdén el barbarismo de la época contemporánea. Omer Emeth, como buen francés siglo veinte, prefiere lo de su terruño por sobre todas las cosas; son sus maestros Lafontaine, Saint Beuve, Taine y... Anatole France. A pesar de su condición de eclesiástico su espíritu vuela á través del pensamiento profano con la curiosidad de una mariposa borracha de luz; lee las «Opiniones de Ge-

rónimo Goignard» con deleite y Claudio Farrere es de los novelistas jóvenes de su predilección. Se pensara de uno de aquellos abates del siglo XVIII que comentaban á Dederet ante un auditorio de marquesas y de gentilhombres.

Menéndez y Pelayo es para Correa un espíritu único, superior á Taine; para Omer Emeth es un escritor sabio, atildado como otro cualquiera. Y nada más.

¿De qué lado está lo justo? Tal vez de ninguno. No es posible comparar á Taine con Menéndez y Pelayo; fué el primero un crítico filosófico admirable, historiador profundo y un maestro del estilo que sólo se podría comparar con Flaubert ó con los Goncourt. Su obra se conserva y se lee en la actualidad como hace veinte años; lo cual no impide que esté llena de errores estéticos, de método crítico é histórico.

Taine no es propiamente un filósofo. A pesar del título de una de sus obras capitales «La Filosofía del Arte», ésta se reduce á tres ó cuatro principios que podrían sintetizarse como sigue: El arte es imitación, pero imitación que hace sensible los objetos en su carácter. Y avanzando más lejos aún decía que este carácter «es una cualidad de la que todas las demás o al menos muchas de las demás derivan, según relaciones fijas». Este «carácter», contra cuyo concepto enderezaba Croce su crítica más ruda, era el sentido fundamental de la «escencia» de los filósofos. Deduciendo de ella el humanismo del arte, estableció Taine una escala de valores, una moralidad artística y un fin colectivo, que ha de ser juzgado no mediante el juicio individual sino que gracias á un rasero común, á una conciencia universal. Cabe en tal juicio la negación más perentoria de todo aristocratismo literario. Los errores de esta valorización filosófico-estético-naturalistas se alcanzan fácilmente.

En la crítica Taine pretendió aplicar un método que derivaba de la experimentación. «Como el botánico que estudia con igual interés el naranjo y el pino,—dice—estudia el crítico toda obra humana». Nada que caracterice mejor los errores de tal método que aquella frase ya célebre: «El vicio y la virtud son productos químicos, como el vitriolo y el azúcar». Su teoría del ambiente, raza y momento, constituye hoy un documento de la historia literaria del siglo XIX. Brunetière, que primeramente fué su más fiel discípulo al explicar el origen y evolución de los géneros, refutó más tarde, como Peladan, el sistema de su estética basada en el naturalismo científico. También su teoría histórica fué destrozada por críticos tan apasionados como antojadizos, hasta que el profesor Aulard vino á colocar cada cosa en su sitio, analizando la trascendencia psico-psicológica del método y enmendando sus yerros con trascendental comprensión de historiador.

Muchos años van corridos ya desde la primera publicación de los mejores libros de Taine; muchas

tempestades han pasado por sobre sus páginas admirables, sin embargo ellos superviven más allá de su tiempo y de las críticas. Y es que Taine es un maestro eterno, como Renan, Macaulay ó Goethe. El cientificismo de sus sistema fué un producto de su medio y de su época: en la primera mitad del siglo XIX la ciencia comenzó á avasallar todo; prometía tanto con los horizontes que descubrió el estudio de la Botánica y de la Zoología que un estudioso como él tuvo que buscar en ella su fuente de Juvencio: ¡que por algo conoció á fondo la obra de Cabanis, Darwin y Bichat!...

Menéndez y Pelayo, por la inversa, no sustentó más que teorías de juventud y fueron éstas tan pasajeras que es difícil no olvidarse de ellas en el desfile enorme de sus obras de madurez. No incurrió en grandes errores porque se abstuvo siempre de juz-

gar. Mientras el autor de los "Orígenes de la Francia Contemporánea" creaba valores y teorías, él se reducía á exponer secamente y á criticar con armoniosa galanura de poeta. Fué, ante todo, un investigador erudito, un sabio precoz y un artista de corto vuelo. Para su ojo avizor de bibliófilo no quedó secreto por escudriñar, ni libro por conocer, ni época de la literatura española por estudiar; ordenó catálogos y sistematizó el estudio de la literatura ante-clásica, labor enorme que queda para la posteridad en más de medio centenar de volúmenes. Dado el carácter árido de sus libros apenas si son pasto de eruditos y de estudiosos. La obra de Taine es más universal y más amplia. Es la diferencia que media entre el luminoso roble de la montaña y la encina fuerte del valle!...

ARMANDO DONOSO.

LOS DISTURBIOS DEL DOMINGO



Los anarquistas en la Alameda



La policía resguardando á los revoltosos



GRUPO DE CURIOSOS

EL VALIENTE PREFECTO

I

Mucha alarma reinaba entonces en todo el departamento. Ya no se podía traficar de noche por los caminos, y aún de día había que usar de ciertas precauciones. Los bandoleros que merodeaban por el campo se habían pnesto tan audaces, que osaban penetrar á los pueblos: se hubiera dicho que querían burlarse de la policía.

Entre toda esa gente de corvo y carabina, uno había sobresalido por sus hazañas y sus crímenes. Era de apellido Jiménez pero se le conocía más por el apodo de «El Cara de Palo». Y le venía bien el mote,

Con todo no faltaba gente de mala índole, muchos de esos tipillos envidiosos que abundan en las ciudades pequeñas, que murmuraran del señor Prefecto. Decían que su sueldo no podía bastarle para su tren de vida: su casa era mantenida con lujo y todavía se daba la comodidad de sostener el gasto de otras dos mujeres. ¿De dónde provendrían las entradas extraordinarias? Los maldicientes creían que de ciertas coimas, y no faltó quien tuviera la infamia de afirmar que el señor Prefecto y el «Cara de Palo» se partían de utilidades como buenos socios. Como la maldad humana es tan grande, llegaron hasta escribir un anónimo, en este sentido, al señor Intendente. «Usía», indignado lo tiró al canasto.



porque no se sabía que le hubiera tenido compasión á alguien ó que hubiera demostrado miedo en el mayor peligro. Frío, audaz, irreductible: eran sus tres condiciones máximas.

Un día cometió un crimen en plena capital de la provincia. Los guardianes de la policía lo tuvieron á tiro de revólver; pero apesar de que lo persiguieron tenazmente y agotaron su provisión de balas, no lograron capturarle.

El hecho sobresaltó aún á los ciudadanos menos miedosos. Hasta el señor Intendente tembló en su mullido sillón de cuero. Hizo llamar al señor Prefecto.

Era el señor Prefecto un hombre no muy alto, pero grueso y de musculatura poderosa. En su rostro surcado por algunas arrugas se adivinaba al hombre enérgico y de valor. En su hoja de servicio había constancia de hechos heróicos: persecución personal á bandidos feroces, lucha cuerpo á cuerpo con tal saltador sanguinario, etc. Por esta razón, los diarios, al mencionarlo, le anteponian el adjetivo «valiente».

Aquel día, como de costumbre, el señor Prefecto acudió presuroso al llamado del jefe de la provincia, y se presentó correcto, ceremonioso, insinuante.

El señor Intendente tomó la severa y estudiada actitud de un juez de campo.

—¡Señor Prefecto, ha llegado el momento de proceder con la mayor energía!

—Así opino yo también, señor Intendente.

—Sí, porque es inaudito lo que está pasando... Sepa Ud. que ya se murmura de la policía; se habla de complicidades y de otras cosas feas...

—Señor Intendente...

—Ya sé que todas son calumnias; pero para probar á esas gentes que se engañan, hay que capturar al «Cara de Palo» á toda costa. Si es posible, debería salir Ud. en persona...

—El inspector Gutiérrez merece mi confianza...

—¡Que salga Gutiérrez entonces!... Y que no se presente á mi vista si no trae á ese bandido vivo ó muerto.

El señor Prefecto se inclinó y salió. Ya en la prefectura, llamó al inspector Gutiérrez y le ordenó:

—Por disposición del señor Intendente, saldrá Ud. con seis hombres á caza del «Cara de Palo». Ud. no regresará mientras no se presente con él vivo ó muerto...

Se inclinó á su vez el inspector, y ya se retiraba, cuando el Prefecto lo llamó:

—Advierto á Ud. que cualquier conato de fuga por parte del reo, será suficiente para que le dispare Ud. un tiro... Si puede traerlo vivo, bueno; pero muerto... ¡Talvez sería mejor!

II

Siete huasos, metidos en amplios ponchos de castilla, desfilaban hácia la cordillera. Por el camino se dijeron compradores de animales, á cuyo objeto iban á la República Argentina. Parecían individuos con dinero suficiente y dispuestos á todo. Alguien les previno que era una imprudencia traficar con dinero por aquellos parages infestados de bandoleros. No hicieron caso: creían poder defenderse.

Ya en plena montaña, se dividieron en dos grupos: cuatro se adelantaron, y otros tres se quedaron atrás, á distancia calculada para oír un tiro de carabina.

En plena selva los sorprendió la noche. Continuaron marchando, confiando encontrar la ruca de un leñador donde guarecerse.

En el cruce de un camino, los del grupo delantero se vieron repentinamente rodeados por una partida de fascinosos, que les apuntaba con carabina recortada.

No se intimidaron, sin embargo. Echaron mano bajo los ponchos y sacaron á luz sendos Winchester con su cañón completo.

Se trabó entonces una batalla encarnizada. Uno de los viajantes cayó herido. En cambio, dos de los bandidos estaban ya por tierra, despachados de un balazo.

Viendo la batalla perdida y como sintiera galopes de caballos, el jefe de la banda, el «Cara de Palo» en persona se dispuso á esconderse en la selva.

Uno de los tratantes de animales lo siguió inmediatamente. Los dos llegaron á encontrarse cuerpo á cuerpo en el claro del bosque. El primero, más fuerte que el bandido, logró cogerlo entre sus brazos e inmovilizarlo. Un minuto después llegaron dos compañeros suyos en su auxilio y el feroz «Cara de Palo» fué amarrado y echado sobre un caballo. Sólo entonces se vió que estaba herido en un brazo.

Su capturador estaba herido también en una pierna. Se vendó ligeramente la herida y dió orden de regreso.

A la luz de la luna, que asomaba en aquel instante, se vió la cara triunfante y complacida del inspector Gutiérrez.



La ciudad respiró con alivio: capturado el feroz capitán de bandoleros, la provincia quedaría tranquila. Los diarios locales se deshicieron en alabanzas á la policía y á su valiente Prefecto.

Éste, muy complacido, estrechó con efusión la mano de su subalterno y le prometió un ascenso futuro.

Enseguida se dispuso á arrancar una confesión al reo. Y como éste se negara á declarar su participación en los asesinatos que se le achacaban, el señor Prefecto recurrió á sus ingeniosos medios persuasivos.

Uno de ellos era el de «la gota de agua». Sentado el reo en una especie de cajón, recibía segundo á segundo, una gota de agua sobre la nuca, caída de un metro más arriba. La sensación dolorosa concluía por ser tan grande, que no habia bandido empedernido que se resistiera mucho plazo.

El «Cara de Palo» se rindió pronto y declaró que estaba dispuesto á una confesión amplia.

Fué conducido á presencia del Prefecto. Éste lo examinó de piés á cabeza: era un individuo alto, delgado, huesudo. En su rostro de tísico se transparentaba una ferocidad extraordinaria; los ojos pardos tenían un brillo asustante.

—¿Te confiesas autor de los crímenes que se te imputan?

—Sí... ¡estoy resuelto á confesarlo todo!

Y fijó sus ojos en el Prefecto. Éste bajó los párpados.

—¿Sabes lo que te espera?

—Sí; pero si me fugara...

—¿Qué harías?

—Si estuviera libre, sería capaz de matarlo á Ud., señor Prefecto... Como dicen que es Ud. tan valiente, he tenido hambre de encontrarme con Ud. de hombre á hombre...

El Prefecto tembló... Ah! el «Cara de Palo» cimentaba su fama de irreducible...

Lo hizo conducir de nuevo al calabozo y dió orden de vigilarlo estrictamente hasta que fuera entregado á la cárcel.

En la misma noche, el reo fué sacado hasta el fin del patio del cuartel. Allá, junto á la muralla divisoria, recibió un balazo por la espalda. Se lo habia dado el Prefecto en persona.

Al otro día los diarios publicaron en grandes caracteres que el feroz bandido habia intentado fugarse. Perseguido por el mismo Prefecto, un tiro lo dejó en el sitio.

La noticia fué recibida con complacencia: ya no vivía el sanguinario salteador de caminos, y los otros escarmentarían.

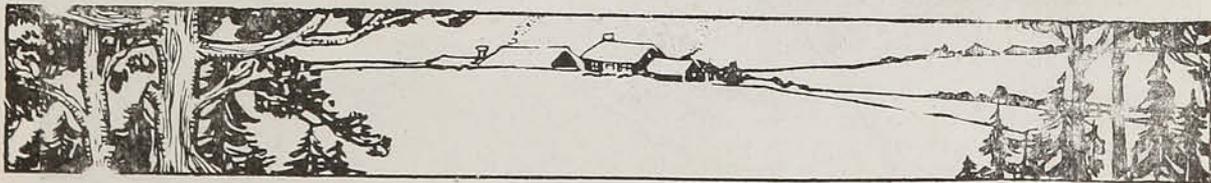
En efecto, los asaltos disminuyeron en la provincia, y la ciudad habia recobrado su calma.

Los vecinos principales se reunieron entonces para hacer al Prefecto una manifestación pública de gratitud.

Se le regaló una medalla de oro, cuya inscripción decía: «Al valiente Prefecto de la provincia—la gratitud de un pueblo».

Un año después, el inspector Gutiérrez jubilaba, obligado por cierta intriguilla de cuartel.

JANUARIO ESPINOSA.



EFÍMERA

El conventillo es largo, muy largo y triste:
una ansiedad suprema cada puerta reviste,
El sol apenas cae, su flecha se resiste...
Y en esa abierta puerta, una vez te sonreiste.

Era tu faz morena
como de una azucena;
yo creo que valias mas que el sol, mas que el
sol...

Entonces fué que dije—Tengo melancolía,
mucho pena y dolor;
de tu viñita pura, al terminar el día,
dame siquiera un poco de tu intensa alegría...

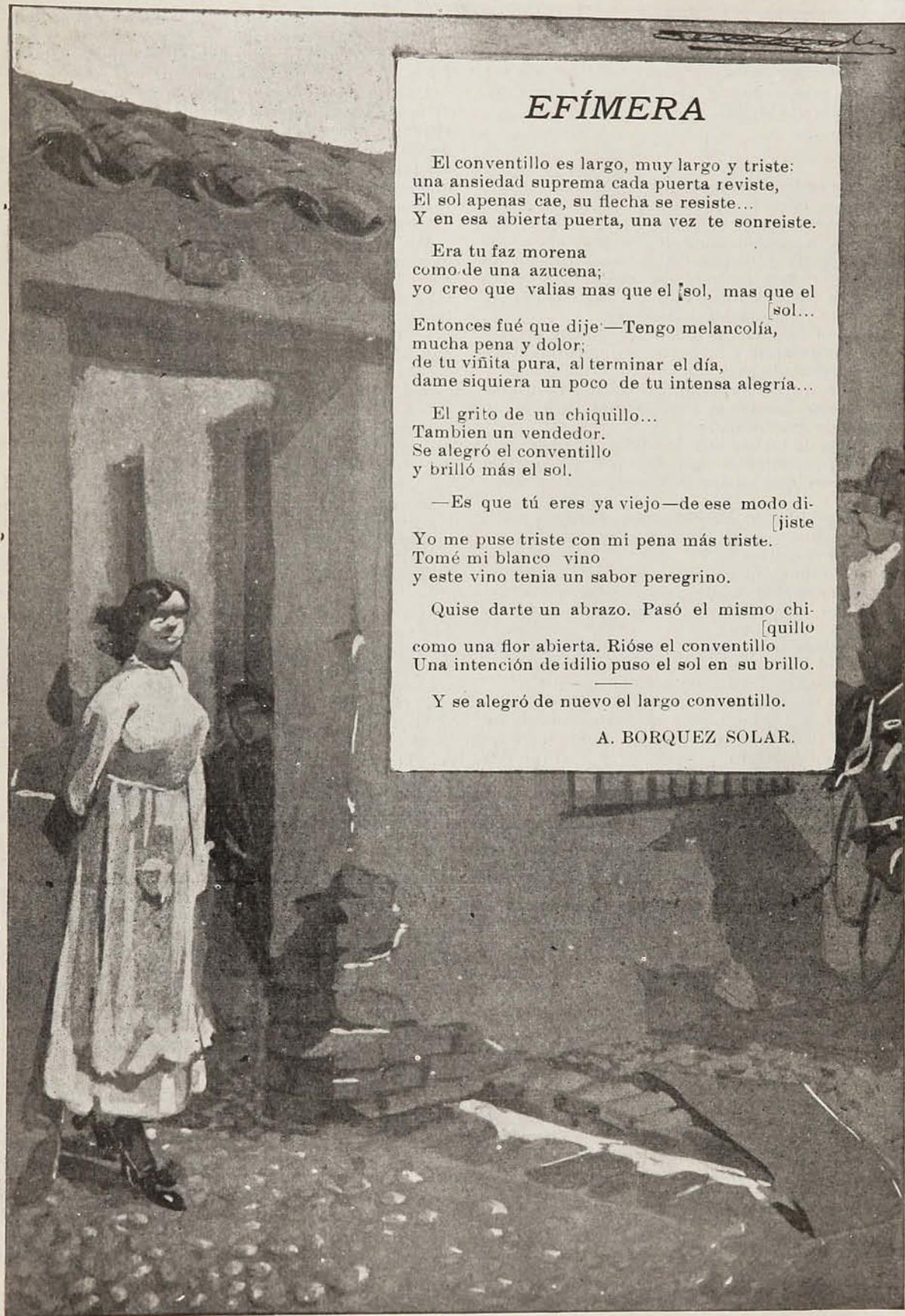
El grito de un chiquillo...
Tambien un vendedor.
Se alegró el conventillo
y brilló más el sol.

—Es que tú eres ya viejo—de ese modo di-
jiste
Yo me puse triste con mi pena más triste.
Tomé mi blanco vino
y este vino tenia un sabor peregrino.

Quise darte un abrazo. Pasó el mismo chi-
quillo
como una flor abierta. Rióse el conventillo
Una intención de idilio puso el sol en su brillo.

Y se alegró de nuevo el largo conventillo.

A. BORQUEZ SOLAR.



El Cristo Vengador

(Páginas de esta novela en preparación)

Muchas veces la encontró la mañana sumida en una especie de letargo místico, fijos sus ojos en aquel viejo Cristo que su madre clavara en la cabecera de su lecho, la víspera de su boda.

Muertos sus padres con un intervalo de meses, vistió de luto para siempre. No veía casi nunca á su marido, de quien vivía aparte, dominada de súbita repugnancia por todo lo que fuera material. Consideraba aquello bajo y animalesco, y su alma, elevada por la disciplina de una abstención que estaba en abierta pugna con su juventud aún en flor, parecía purificarse, dilatarse en un anhelo ferviente de castigo y de martirio.

Quedaron sus hijos á cargo de una nodriza. Encerrada en sus habitaciones, de donde no salía sino para rezar en el oratorio de la casa, arrodillada y en cruz, sus habituales oraciones, llegaba hasta olvidarles. Sólo cuando, en las largas noches de sus insomnias, oía su respiración agitada, confundida con el lento rumor de las hojas del naranjo, levantábase de puntillas y á pié desnudo corría á besarles, sollozando junto á sus cabecitas esquivas penas muy hondas é inexplicables. Luego después, desesperada, bañada por el frío, miraba con espanto las franjas de luz que desbordaban las rendijas de la puerta del cuarto de su marido, inclinado, bajo la luz cerúlea del gas, ante un montón de su correspondencia. Veía su cuerpo atlético, su cabeza grande y casi cuadrada, ya encanecida, su frente surcada de pliegues hondos, y sus ojos, de mirada glacial, deslizándose sobre las carillas de papel cubiertas de números y de signos algebraicos...

—Ah, no! No amaría nunca á este hombre!

Y corría á su lecho, ahogándose casi entre las sábanas, para reprimir sus sollozos. Y después de esa lucha tan larga como siglos, volvía su mirada hacia el Cristo, como ante un supremo refugio. Jesus sereno y dulce, parecía observarla plácidamente desde el fondo obscuro del marco de ébano cubierto de polvo. Sus ojos claros de un azul límpido, decían infinitas piedades, y su barba fina color oro dábale aspecto augusto. Era muy antiguo. Todos los Vidal morían abrazados á aquella reliquia, y en los momentos de aflixión los corazones convergían á aquel Cristo, como á una fuente salvadora y misericordiosa. Por costumbre muy remota el cuadro heredábase entre los primeros hijos de la familia que contraían matrimonio, a fin de poner bajo la égida de Jesús, el nuevo hogar, la rama nueva que iba extendiendo la casa de Vidal.

Corrían muchas historias al respecto. Una joven bisabuela, bella y romántica estaba á punto de caer en el adulterio, subyugada por los lazos de seda que le tendía un seductor. La noche anterior á la fuga, allegóse la dama al Cristo y en medio de ardientes lágrimas dióle el beso de adios. Por un raro sortilegio, al tocar la tela áspera y helada, sus labios rojos tornáronse frios é incoloros, secados de pronto como una fuente viva agotada por una llama invisible i poderosa.

La niña no huyó. Presa de súbita fiebre cayó á la cama y días después moría, clavados sus ojos negros é implorantes en la imagen del Cristo vengador.

Doña Agueda permanecía horas enteras arrodillada ante Jesús. Los ojos del Cristo parecíanle despedir llamas de pasión, de misericordia, de infinita piedad. A veces en las tenebras de la noche cerrada, en tanto el viento silbaba fuera, y el rumor seco y arrastrado del mar llegaba hasta su alcoba preñado de amenazas, doña Agueda, desde su cama, veía los ojos, ora serenos, tristes ó calmados como el agua tranquila, ora airados, refulgentes de cólera, oscuros, preñados de augurios terribles.

Entre la media sombra de la estancia, á la hora de las mañanas tranquilas, sentía una laxitud, un suave espasmo que la instaba á soñar en cosas vagas y lentas, en tibiezas de nidos y en rubores de caricias santas. Creíase pequeña, sueltos los rizos de sus blondos cabellos, corriendo, volando como una mariposa por el patio de esta misma casa silenciosa. Y al través de las rejas que lindaban con el camino real, erguido y altivo como un bello angel, veía un hombre bello y fuerte, con sus músculos apretados y sólidos y sus cabellos rubios que el viento ondulaba como una bandera. Sus ojos eran azules, á veces claros, á veces casi negros, de una extraña fuerza al mirar; y su nariz fina y sensual, dilatadas las ventanillas ante las imperiosas ansias de su espíritu aventurero.

En su semi-sueño, en ese estado de alma en que dominábala un sopor tibio i grato, en tanto por su pobre cabeza huérfana de caricias pasaban extrañas alucinaciones, recordaba ahora con inaudita persistencia las facciones que el tiempo con su cohorte de sucesos había

do borrando, ó mejor dulcificando, como esas estatuas antiguas que la edad va puliendo, suavizando sus contornos, envolviéndolas en un velo delicado y puro. Poco á poco en medio de la tenue sombra de su alcoba, veía la imagen amada, perdida, fugaz, como esos viejos óleos desteñidos que dejan al descubierto los rasgos enérgicos de un temperamento.

Bello, sonriente, sus cabellos color oro coronaban la frente pensativa y audaz; sus ojos azules, á veces negros, la miraban fijamente, la perseguían, envolviéndola en ondas cálidas de pasión; en tanto sus labios finos, plegados en un gesto irónico y superior, se acercaban lentamente, lentamente... buscando los suyos, tocando apenas su epidermis, bañándola en un beso largo y alado como la boca aterciopelada de una roja flor sedienta de polen besa la flor pálida i trémula en un crepúsculo de amor.

¡Qué bello, qué enorme y misericordioso beso que dejara en sus labios la sensación cálida y sedante de una llama, la sensación de una caricia lenta y ávida! Luego los ojos, de un brillo envolvente aterciopelado y tibio, fijábanse en ella, en la sonriente línea de sus senos y su cuerpo desnudo de una blancura liliál. A veces la mirada traspasaba, envolvía, consumía como una llama viva su carne doliente sumida ahí, entre las ondulaciones de sus sábanas de lino. Y quedaba exangüe, pálida, casi muerta. La figura amada tomaba entonces contornos vigorosos, músculos ágiles, y sus manos febriles creían tocar la forma sana y sólida, la carnación espléndida y viril. Acercábase, mirábala, rodeándola con sus brazos, encadenándola á un interminable y doloroso placer. La barba rubia color oro, los cabellos largos y ondulantes, peinados hacia atrás, daban relieve á la nariz fina y á los ojos azules, casi negros, cálidos, envueltos como en una niebla trágica y heroica. Y la frente tersa y extensa, preñada de audacias, de pensamientos hondos y atormentantes...

Arrojó lejos las ropas de la cama, rasgóse la camisa de batista, y quedó blanca, palpitante, como una estatua florida y frágil. Entornó los párpados, extendiendo los brazos á lo largo de la cama...

Dió un grito, largo, estridente, espantoso.

Al abrir los ojos, habíale visto á su frente, en la cabecera de la cama. Le miraba, le miraba ahora con sus ojos oscuros y ardientes, en tanto sus labios delgados, casi descoloridos hacían una muca desdeñosa de fina y cruel ironía...

A los gritos, penetró á la pieza don Camilo, con una lámpara encendida.

—¿Qué es esto...?

Y al ver el cuerpo desnudo, al sentir el frio que corría por aquella carne enferma y delirante la cubrió con su bata de noche.

Doña Agueda, presa del delirio, levantábase de la cama, y desnuda, temblorosa, hacia señas en dirección á la cabecera de su lecho.

Los niños habíanse levantado y miraban á su madre con los ojos muy abiertos.

Don Camilo procuraba calmar á su mujer; tomábala de los brazos para echarla á la cama. Pero eran vanos sus esfuerzos, pues arrancábase de allí, huía como loca, mesándose los cabellos y mostrando á instantes, en raptos de inaudita lujuria, sus senos pálidos, desnudos, su cuerpo todo, tembloroso y casi helado, á alguien que la llamara desde la sombra.

Al fin pudo don Camilo constreñirla y echarla violentamente á la cama. Acomodó las ropas que arrojadas y en montón habían quedado en el centro de la pieza, y á duras penas, despues de largos momentos, pudo conseguir que se calmaran sus nervios:

Las criadas, que habían acudido á última hora, comentaban la escena con los ojos.

Pasada la crisis, ordenó don Camilo la busca de un médico. Su equilibrio de hombre rudo y experimentado no había logrado perturbarse. Miró hacia arriba y de su corazón sencillo escapóse un suspiro de alivio. Con su cabeza enorme y su barba casi rojiza raleada por las canas, aparecía con todo el esplendor de su origen humilde y poderoso.

Al mirar, suspirando, el cielo del cuarto, sus ojos vieron, casi escondidos en la adusta magestad de su gesto, otros ojos sombríamente azulados, severos é inexcrutables, irónicos y acusadores. El alma sencilla de don Camilo se prosternó ante aquella mirada, y arrodillándose, sus labios que nunca supieron de una frase de amor, torpemente modularon una imploración callada é intensa, por el alma dolorosa y extraña de su mujer.

Luego, mas sereno, inclinóse ante la enferma, alertargada, como en un desmayo de todo su ser, y á pasos cortos, temblando como un borracho, salió de la estancia.

LUIS ROBERTO BOZA.



—... Y despues de todo el vino "generoso" es mucho mejor cuando es viejo.



—Juan, ayúdame á llevar mi paquete

ZONZA BRIANO

El Prefecto de Policía de París acaba de hacer un gran favor al prestigio de la América Latina. Hasta hoy, en Europa, nadie había notado que existieran artistas sudamericanos. Gracias al Prefecto de Policía hoy ya lo saben. Saben que hay un tal Zonza Briano cuyas obras merecen ser colocadas junto a las de los más grandes escultores contemporáneos y aún junto a las de todos los tiempos. «Este grupo monumental que se titula: «Crissez et multipliez, — dijo Monsieur Lépine al visitar la Exposición de Bellas Artes de este año—es inmoral». Y usando del derecho que le concede su omnipotencia de tirano de París, hizo que el maravilloso mármol del ilustre argentino fuera expulsado del Palais de Beaux Arts. «Si esto hubiera pasado en Londres—dice un crítico inglés—el señor Zonza Briano habría sido en el acto boicoteado hasta el punto que ni su nombre se hubiera vuelto á pronunciar». Por fortuna París no es Londres. Aquí la ocurrencia prefectoral ha bastado, al contrario, para que el público vuelva los ojos hacia la obra prohibida, para que todo el mundo hable del escultor argentino.

—Vamos á ver eso que debe ser terrible puesto que en una ciudad como París que es la metrópoli de todas las libertades ha sido considerada como inmoral—exclaman los curiosos.

Y van. Y lo primero que se preguntan, al encontrarse ante el grupo expulsado del salón, es si hay error ó burla. Porque esta pareja de seres tristes que parecen soportar el peso de todos los dolores del mundo, lejos de ser impúdica, es casi religiosa en su grandeza tranquila.

—¿Esto es lo que el Prefecto excluye? — dicen todos.

Esto es. Esto. Un escritor, Maurice de Waleffe lo «ha descrito así:

El grupo representa un hombre y una mujer desnudos.

La mujer, desfalleciente y abandonada, ha caído de rodillas. El hombre de pié tras ella, la besa vorazmente sobre la nuca; su torso musculoso domina y hace esquivarse los hombros estremecidos de su compañera.

«Ningún detalle sensual que choque á la vista y la seduzca; no hay mas que dos hermosas líneas que se confunden, la línea violenta del torso masculino, la línea redondeada y voluptuosa del cuerpo femenino. Si del grupo se desprende alguna impresión ella es solamente intelectual. Escultura casta, en suma, que el campesino mas cándido contemplaría sin emoción».

Ahora bien, en exposiciones como las de París, llenas de cisnes galantes que resbalan entre muslos de ninfas y de faunos risueños que acarician los senos de las más picarecas dríadas, una obra como ésta, sería, fuerte, noble, no sólo no habría podido parecer indecente, sino que hasta habría tenido un carácter moral.

Pero no nos quejemos de la estulticia oficial...

Celebremos, al contrario, el úkase del Señor Prefecto que hace de Zonza Briano un ciudadano de París, proporcionándole así el placer mas grande de su vida.

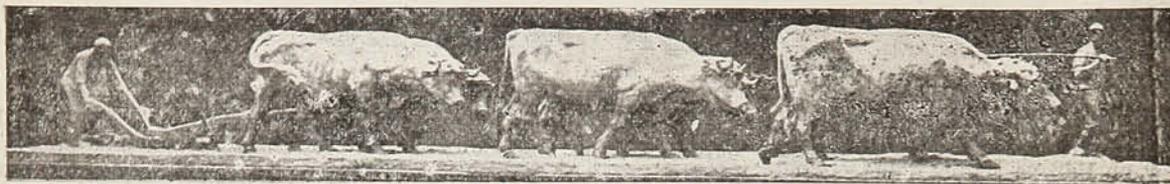
—Yo no he nacido para vivir aquí—díjome, en

efecto, Zonza Briano, cuando lo encontré en Roma hace un año.—Yo he nacido para vivir en París, no en el París del placer, no, sino en el de las grandes pasiones, en el de la vida intensa, en el de el alma vibrante... Yo no soy de los que ven con una complacencia muy grande el mundo exterior. Lo que me interesa no es la forma, sino las pasiones. Así, aunque me tome Ud. por un excéntrico, le confieso que en el mismo Miguel Angel lo que más me entusiasma no es la belleza de su obra, sino el esfuerzo de su vida. En los surcos profundos que la lucha perpetua y las perpetuas preocupaciones imprimieron en su rostro, encuentro algo que no veo ni en su Moisés, ni en su Penseroso, ni en ninguna de sus figuras.

Yo, en aquel momento, no conocía de Zonza Briano sino el grupo monumental que se hallaba á la entrada del Palacio de Bellas Artes en la Villa de Borghese, y que según la opinión universal, era uno de los «clous» de la Exposición del Cincuentenario. Así, no pude menos que tomar por una simple paradoja las palabras de mi amigo. Pero apenas entré, pocos días más tarde, en su taller de la vía Margutta, dime cuenta de la seriedad y de la sinceridad de sus teorías. Para él, como para los hombres extraños de quienes habla Amiel, el mundo exterior no existe. ¿Me decis que esto es absurdo tratándose de un escultor? Esperad un instante y veréis que un artista puede siempre ver con los ojos del alma mejor que con los del cuerpo. Porque si hay algo que no existe sino de un modo subjetivo, es la línea. Contemplar cualquier objeto lealmente y os convenceréis de que todo en él es el color y la masa. En este punto, Medardo Rosso, el Rodin italiano, el revolucionario épico, tiene razón solo contra todas las Academias. No hay líneas, no hay contornos, no hay forma, en la realidad. No hay más que masas que palpitan en la luz y en la sombra.

Zonza Briano que es, por instinto más que por aplicación, un impecable modelador clásico, puede llamarse un escultor ideológico. Las ideas, en su desarrollo complicado, le interesan más que los hechos. Los títulos mismos de sus obras lo demuestran. Esta mujer de formas frágiles que se retuerce como una serpiente, es la voluptuosidad; este mancebo de actitud prometéica que inclina la cabeza pensativa sobre el rudo pecho, es la soledad; este ser sin edad, casi sin sexo, que cierra sus grandes ojos como para morir, es el alma doliente; esta muchacha esbelta, alada, de una pureza de formas exquisita y de una gracia enternecedora, es la desnudez; este torso visto por detrás, tan realista y tan impresionante, es la fuerza; esta cabeza misteriosa é insidiosa, que sonríe con los labios y con los ojos, es la sugestión. Y así todas sus demás producciones. El ser humano, el hombre, desaparece ante él, no dejando para ser trasladado al mármol, sino la abstracción que encarna.

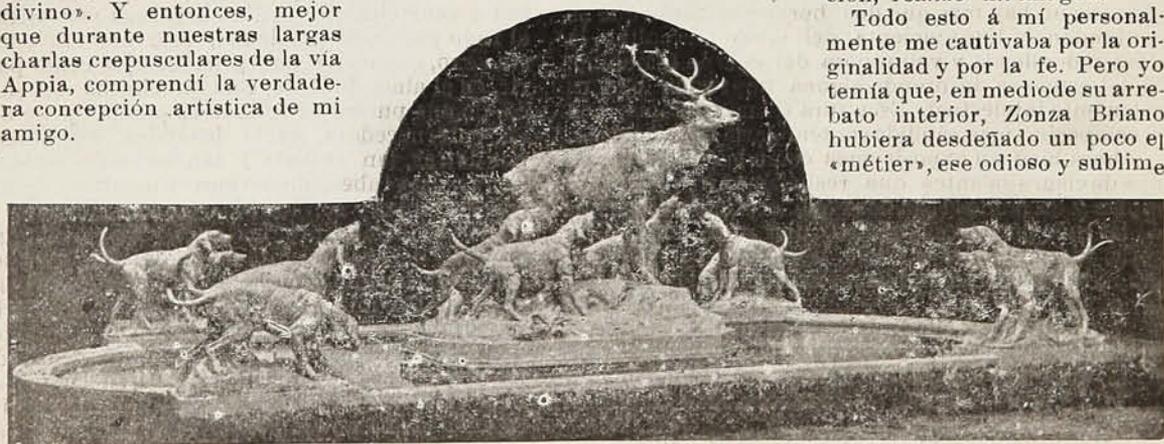
—Vea Ud. mis modelos, díjome Zonza Briano en su estudio, señalándome una serie de cuadritos que decoraban sus paredes. Me acerqué pensando que iba á admirar á las eternas Venus, á las indispeusables Victorias y á los imprescintihles dioses. Pero en seguida vi que no eran fotografías de esculturas, sino retratos. Y vi en un marco á Sócrates con su cara



preverlainiana de sátiro místico: y vi á Séneca erguido dolorosamente; y vi á Descartes con su hermosa cabellera rizada; y vi á Kant tan grave; y vi á Nietche tan atormentado; y vi á Bergson, tan sereno. En el margen del retrato de este último, una mano había escrito con grandes caracteres: «el divino». Y entonces, mejor que durante nuestras largas charlas crepusculares de la via Appia, comprendí la verdadera concepción artística de mi amigo.

—Mis obras—habíame dicho un día—son como novelas de almas. Mentalmente yo me cuento una historia imaginaria cuyo héroe es un personaje que simboliza una pasión ó una idea. Luego me encierro á trabajar y, sin ver el modelo, siguiendo la corriente vertiginosa de mi inspiración, realizo mi imagen.

Todo esto á mí personalmente me cautivaba por la originalidad y por la fe. Pero yo temía que, en mediodía de su arrebato interior, Zonza Briano hubiera desdeñado un poco el «métier», ese odioso y sublime



«metier» sin el cual, según la frase de Rodín, el artista no llega nunca «hasta el fin de su misión.» Y una noche, en el café Aragno, en un círculo de críticos y de artistas, expuse este temor.

—Zonza Briano—exclamó Medardo Rosso irguiendo su torso de gigante miguelangelesco—Zonza Briano es uno de los más estupendos artistas en lo tocante al «métier»...Demasiado «métier» tiene para mí gusto... Pero afortunadamente es muy joven y ya olvidará un poco de su ciencia.

Luego, los demás, en coro, murmuraron:—

—Es un gran artista, grandemente sincero y fuerte.

A propósito de su exclusión del Salón, esta frase ha sido repetida por todo el mundo. Ernesto la Jeu-

nesse ha dicho en verso: «Es un gran artista muy fuerte.» Y Marco M. Avellaneda lo ha dicho en prosa bella y elocuente.

Artista fuerte, en efecto, artista grande, artista sincero, artista para el cual casi no existe la materia, artista puro entre los puros, artista de alma y de cerebro, artista que carece de molicie y de lujuria, artista que vive en un ensueño formidable de pasiones sublimes, eso es Zonza Briano.

Y sin embargo el Prefecto de Policía de París que soporta á los fabricantes de cromos para tarjetas postales, lo expulsa á él del Palacio de Bellas Artes...

E. GOMEZ CARRILLO,

EL GRILLO

¿Qué cantas, grillo? La luna,
melancólica y lejana,
no oye la queja importuna
que tú música desgrana.

Vieja canción dolorida,
sobre los campos dilata
todo el dolor de la vida
tu serenata de plata.

¿Qué cantas, grillo? ¿Dolores?
¿Amores? ¿Desesperanzas?
Están dormidas las flores,
y hasta su sueño no alcanzas.

La noche está solitaria...
los hombres buscan olvido...
se perderá tu plegaria
sin que despierte el dormido...

Tu blanca novia lejana
se irá á perder en los mares;
vendrá otra vez la mañana
entre una niebla de azahares.

Y tú perdido y obscuro,
muerto de melancolía,
irás al regazo impuro
de una tierra negra y fría.

Huirás, grillo-poeta,
á soñar con la belleza
que ha embriagado tu alma inquieta
con su mística grandeza.

A soñar con la que viste
tu dolor de claridad,
y te ha hecho noble y triste
en tu santa soledad.

CARLOS R. MONDACA.

ULTIMO MAL

I

Esta noche, arrastrando mi miedo,
este horror extraño que me tiene enfermo,
que no me abandona, y olvidarlo puedo
solo cuando duermo,

esta noche, arrastrando mi duelo,
terror por las gentes, públicos beodos,
sin más compañero que el obscuro suelo
porque olvidan todos,

recorría las calles malditas
donde florecían los vicios y el crimen
de todas las bestias que van á sus citas
y el tumor exprimen.

Son las llagas de humor corrompido
—bellacos burlones de la muchedumbre—
carroñas ó monstruos que solo han vivido
de la podredumbre.

II

Cómplices siniestros de negros negocios
hacen de las noches, de sus puros senos;
viles que entretienen la baba y los ocios
manchando á los buenos.

Tembloroso llevaba mi pena,
mi fatal espectro, mi angustia por todo,
vencido, pensando si todo lo lleno
la bilis y el lodo,

si el gris transeunte, la calle, la vida,
son fermentaciones de un vicio inmortal,
si todo lo cubre la pus homicida,
peste de arrabal.

ALBERTO MORENO



Un hermoso ejemplar caído al primer disparo.

Devoradores de Hombres

¡Matar «al tigre»! Hé ahí una hazaña soñada por todo buen cazador con tanta vehemencia como un artista puede soñar con su obra maestra.

Para realizarla se necesitan tres cosas indispensables: buena salud, temperamento sereno y bolsa bien provista.

Poseyendo estas tres condiciones, falta encontrar una oportunidad para realizar el proyecto temerario. El modo más sencillo de conseguirlo será hacer amistad con uno de los fastuosos príncipes de la India, tal como lo hicieron hace un año S. A. R. el Príncipe Antonio de Orleans y Braganza, la princesa

de Broglie, el marqués y la marquesa de Pothuau, etc. etc; en los vastos dominios de S. A. Jajatjial Singh. Marajah de Kapurthala.

Otro medio consiste en agregarse, mediante el pago de una suma de veinte mil francos, más ó menos, á alguna excursión de caza organizada por empresas que se ocupan en esa especialidad. En tal caso, el «conductor» se encarga de todos los gastos; transportes por tierra y por agua, hoteles, campamentos, batidores y baqueanos. Solo las armas y municiones deben proporcionárselas los aspirantes á matadores de tigres.

Partir sólo, ó en compañía de uno ó dos amigos, sin haber tomado las precauciones necesarias y sin ponerse en manos de personas competentes, es marchar á un fracaso mas que seguro. ¡Cuántos no han vuelto desilusionados, comunicando su desánimo á los amigos, sin haber podido ver siquiera la nariz del terrible enemigo y con la convicción de que no existen tigres en las selvas sino en muy reducido número!...

Para detener el empuje de los respetables señores cuyas siluetas reproducimos en éstas páginas, se necesita, ante todo, armas y municiones de primera calidad y se requiere que ellas tengan su máximun de poder ofensivo.

Se emplean, por consiguiente, carabinas dobles, de 450 ó 500, con carga de cordita de 70 gramos, ligereza inicial de 700 metros y bala de 35 gramos. Peso del arma: de 4 kilos, 535 gramos á 4 kilos, 900.

Con el «devorador de hombres», como con el búfalo, el elefante y el rinoceronte, se necesitan proyectiles de gran poder con el fin de evitar la carga de estas fieras, las cuales, en muchos casos, con los pulmones traspasados, son capaces aun de caminar 100 á 200 metros. Solo una bala en el cuello, ó entre los dos homóplatos, ó en la cabeza, puede hacerlos caer de golpe, mas, para que esto ocurra, se necesi-



Con el tigre, como con el elefante y el rinoceronte, se necesitan proyectiles de gran poder...

imaginado que fuera motivo de enojo el que uno diese una prueba de no ser un imbécil como los demás. Linda causa!, escribir versos para tratar como un lancharo al hijo.

—No tienes razón, Ernesto... Tu padre no te prohíbe que escribas, siempre que estudies. El poeta en Chile se muere de hambre. Él quiere que trabajes, porque es pobre, y tiene mucha familia que educar.

—Sí, sí, ahí está justamente el intrínquilis. Temor de llegar á viejo sin tener fortuna. Educo al hijo para que el hijo cuide de mí en la vejez. Si el hijo es abogado, tanto mejor, porque puede llegar á muy altos puestos. Ejemplo: el hijo de Carrillo, que se llena de dinero en Antofagasta; los hijos de la Pepa Astorquiza, tan bien colocados, etc. Y para eso se obliga al hijo á torcer sus inclinaciones y á meterlo en una vida ridícula y convencional que mata todos los nobles impulsos del corazón.

Aquí la madre tuvo un gesto terco.

—Sí, muy bien; querrías entonces vivir eternamente á expensas de tu padre.

—Quién ha dicho eso?... Acaso no puedo ganarme la vida como cualquiera? El día menos pensado me voy á Santiago y viviré perfectamente, sin auxilio de nadie; será una vida de escasez, no lo dudo; pero la prefiero á vivir esta vida superficial y tonta de gente sin ideales y sin cerebro. Tú, mamá, no entiendes estas cosas; tú has vivido en un mundo donde la gente es á plena de escrúpulos y de temores ante la vida, y donde todos quieren enriquecerse y medrar por medio de influencias; un individuo que no tiene más ambiciones que cultivar su cerebro, luchar por un ideal, comprender la vida; y, ¿por qué no decirlo?... gozarla en lo que tiene de más bello y agradable, la mujer, no puedes aceptarlo... Mi alma aborrece los libros, porque ama la vida, la naturaleza: el mar al atardecer, azul y manso, me parece más instructivo que toda una biblioteca; y que todas las lecciones del Dr. Barrenechea... ¿Por qué ha de marchitar uno su vida?, llenándola de ciencias y leseras, cuando está más rica de sentimientos y de deseos de vivir? Yo estimo mi naturaleza más que todo mi porvenir, y quiero vivir siguiendo mis inclinaciones. Ud. no podrá tacharme de ignorante; sé más que mis compañeros; y lo que me resta que aprender lo haré solo y cuando me dé la gana. Lo que me molesta es sentarme en esos bancos sucios, donde toda una generación de muchachos mediocres ha dejado escritas sus sandeces y oír las tonterías de un profesor sin ideales y sin conocimientos como lo son casi todos los que yo conozco.

La máquina reanudó su febril martilleo; volvió á desplegarse la blanca tela, almidonada y llena de arrugas; y la

FOBBETIN DE "РЪУМА У БАРИЗ"

CUENTOS

DEL

= MAULE =

POR

MARIANO LATORRE



SANTIAGO

IMPRENTA SUD-AMERICANA

Arturo Prat, 1125

1912



LA CANCIÓN PERDIDA



—Ernesto, ¿quieres venir un momento?

—Ya voy, vieja.

La madre que había interrumpido su costura para llamar á su hijo, volvió á colocar el pié en la reluciente máquina Singer y el rápido martilleo de la aguja resonó largo rato en la pepueña pieza dormitorio de una de las hermanas y sala de costura durante el día.

Ernesto apareció en la puerta.

—Aquí estoy, mamá, para qué me quieres?

Era un muchacho de dieciocho años, de suaves facciones y de ojos verdes, dulces y húmedos. Apesar de su aspecto de trigueño tenía gran semejanza con la robusta mujer que en ese momento dejaba caer el martillete de la aguja y extendía la amplia tela blanca donde se marcaba como una sutil ensambladura, el largo camino que la aguja había recorrido desenrollando el carrete blanco colocado en el soporte de hierro de la máquina de coser.

—Bueno, hijo, yo quiero que no seas tan terco con tu padre, y que le hables durante la comida. Esa cara enojada que tú pones lo hace sufrir; y sobre todo, es tu padre, y como hijo nõ debes guardarle rencor.

Ernesto nada contestó, pero su rostro se contrajo en un rictus evasivo y amargo, como deseando no tocar un asunto que él ya creía definitivamente concluido. La madre continuó suavemente:

—Cómo es posible que le des este ejemplo á tus hermanas menores? Ellos, naturalmente, tienen que notarlo; no es posible, hijo, no es posible que hagas eso con tu padre que te quiere mucho.

—¿Querermé? Yo creo que nõ, mamá! Por qué enojarse entonces por una cosa tan insignificante? Nunca me hubiera

tan las manos del conde Clary, de Guillermo Vasse ó de S. A. R. el duque de Montpensier. Para las fieras de menor importancia bastan las carabinas de repetición Winchester y Manlicher, pero, como lo dice: Luis Lejeune, gran cazador de fieras en Annam y Tonkin, un grano de polvo que entorpezca el mecanismo puede dejar al cazador sin defensa frente al animal, en el preciso momento en que se hecha sobre él como una catapulta.

Para cazar el tigre, saliendo á su encuentro ó esperándolo en acecho, es preciso amar el peligro por el peligro, poseer una calma imperturbable y nervios de acero; si se es un poco neurótico, mas vale quedarse en casa.

No es siempre fácil encontrar un tigre, porque los príncipes hindúes, agobiados á solicitudes, guardan celosamente para ellos y sus invitados la caza regia. Además, aun cuando se hayan visto numerosos tigres en un territorio, ó que un «devorador de hombres» es él haciendo de las suyas, el astuto enemigo no se deja ver con facilidad, y solo aparece cuando el hombre lo estimula.

La época favorable para la caza es á fines de Marzo y á fines de Junio. Varias semanas antes, los «baqueanos» (shikaris) se ponen en marcha, estudiando los movimientos de las fieras, averiguando los lugares en que encuentran el agua. Sabido es que en la India, donde el calor quema y anonada, existe caza en abundancia, cerca á los manantiales.

Una vez escojidos los lugares donde deberá librarse la jornada, los baqueanos y cazadores se ponen en marcha, sea á pié, ó á lomo de elefante. Son rudas caminatas las que hay que emprender; acostarse bajo tienda, atento el oído al menor ruido.

El tigre está en todas partes y en ninguna; posiblemente se encuentra á cuatro metros en el matorral y



En los últimos estertores

al menor descuido puede echarse encima sin el más breve anuncio. Es el momento de apuntar con rapidez; si se acierta, se está salvado, en caso contrario, puede decirse que la vida no vale un grano de anís.

Otros tantos peligros existen en el acecho, á menos de que los cazadores permanezcan encerrados en jaulas de hierro, con barrotes del grueso de un brazo, lo cual, solo se vé en las novelas. En la realidad, el campamento se compone simplemente de una agrupación de rocas, ó de algunas ramas elevadas de árbol, sobre las cuales es preciso pasar á menudo varias noches, antes de que el tigre consienta en presentarse.

Un espectáculo verdaderamente deslumbrante es la caza del tigre con elefantes, sobre todo, cuando interviene un príncipe hindú, con toda la pompa que estos potentados asiáticos saben desplegar.

En los días que preceden á la batida, los Shikaris han amarrado en los matorrales, pequeños búfalos destinados á atraer las fieras; luego, cuando se sienten satisfechos de sus observaciones, vuelven á los alrededores de su campamento, verdadera ciudad provisoria, reclutan como batidores á los habitantes de las aldeas próximas en número de mil, mas ó menos, y en poco tiempo el terreno donde se encuentran los tigres, se halla cercado. Los cazadores se ponen en camino á lomo de elefante y bien pueden durante la marcha cruzarse delante de ellos los antílopes, búfalos y pájaros raros; no se dispara un solo tiro para no ahuyentar la presa deseada.

De repente se deja oír un rujido espantoso y á lo lejos responden, otros y otros. Ligeros estremecimientos agitan los cuerpos de los elefantes, golpeándose los flancos con la cola y yerquen las orejas; sin embargo, continúan avanzando con majestad, sostenidos por la barrilla de hierro que manejan con destreza sus conductores.

Poco á poco, el círculo formado por los elefantes, en número de veinte ó treinta, se va estrechando; ocho ó diez de estos paquidermos están montados por los cazadores, instalados cómodamente en el palanquin especial que cada animal lleva sobre el lomo. Los cazadores tienen preparadas dos ó tres carabinas cada uno y detras de ellos va un individuo especial destinado á cargar las armas.

De improviso se oye gritar: «¡bagh!» (tigre), y el monstruo aparece. ¿Sobre qué enemigo va á arrojar? Trascurre un breve momento de espectación; luego un rujido. Es cosa hecha. La fiera se retuerce en los últimos estertores de una agonía grandiosa.



Una fisonomía poco amable

**CREMA
DEL
HAREM**

Las mas aristocráticas damas de Stambul, que son las mas refinadas en materia de cultura física, usan la maravillosa pasta conocida con el nombre de Crema del Harem. Contra ella no existen pecas, ni paños, ni grietas, ni ninguna de las erupciones que afean el rostro de una mujer.

GRECIA

Se agrietaron las columnas,
Se desplomaron los templos
Y sobre la tierra dórica
Reinó silencio.

Vinieron de todas partes
A ver las ruinas del pueblo:
El Partenón mutilado,
El Acrópolis desierto,
Las columnatas caídas
Sobre los propileos huérfanos,
Las metopas y los frisos
Confundidos en el suelo.

La procesión de las razas
Desfiló sobre el desierto
Sin conseguir arrancar
A las piedras su secreto.

Nadie lo sabrá jamás;
Sepultóse con el pueblo;
Duerme con la raza doria
En los regios mausoleos.

Por las colinas de Atenas
Anda solitario el viento
Y su voz dice: ¡jamás!
Y dicen: ¡jamás! los ecos.

RAÚL MONTERO B.



SONETITO

(DE UN LIBRO PARA ELLA)

Alba en sonrojos
la faz parece,
no abras los ojos
porque amanecer!

Cierra, si enojos
la luz te ofrece,
los labios rojos
porque amanecer!

Sombra en derroches
luz, sois bien míos!
ojos oscuros,
muy buenas noches!
labios maduros
muy buenos días.

AMADO NERVO,



GOTA

Presas de voraz pasión
llevo en el pecho un volcán
que está en constante ignición;
los suspiros que a tí van
lava de ese volcán son.

MAMERTO PEREZ S.

Crema de Oro

Vea Ud. lo que dice la Ciencia Universal: «Nada supera su eficacia a esta maravillosa Crema para la conservación del Cutis, concluir con los granos, señales de viruelas, grietas, los paños, etc. Una mujer que usa la Crema de Oro se encuentra preparada para competir en hermosura con las mas bellas...»

Boticas y Perfumerías

Francois Saint Bonnet

Parfumerie, PARIS



El Profesor.—Bueno; en conclusión: ¿Cual es la economía?

Alumno.—Sabido es que una mala digestión...

El Prof.—¡Pero qué digestión ni qué niño muerto... qué tiene que ver.

Alum.—Señor, quiero decir que una mala digestión, acarrea gastos como ser de médico, medicinas y demas enjuagues, lo que se evitaria tomando antes de cada comida una copita de

Cinzano

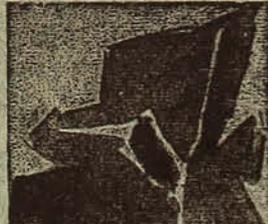
He ahí la economía.

—¡Aprobado!



Elegancia

Buen tono



Huérfanos

ESQ.

ESTADO

CASA

Huérfanos

ESQ.

ESTADO

FRANCESA

Moda



Chic